EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LAS CAMPANAS DE CARRION

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

LUIS MARIANO DE LARRA

música de

ROBERT PLANQUETTE

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hyos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1899

LAS CAMPANAS DE CARRION

716597

Esta obra es propiedad de D.ª María Loreto Gullón de Fiscowich por compra hecha de la música al editor de París, Mr. Louis Bathlot, el 8 de Diciembre de 1877 y del libro á D. Luis Mariano de Larra, el 15 de Noviembre de 1881, y nadie podrá, sin permiso de la referida señora, reimprimir el libro ni ejecutar la obra en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LAS CAMPANAS DE CARRIÓN

ZARZUELA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

LUIS MARIANO DE LARRA

música de

ROBERT PLANQUETTE

Representada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el día 22 de Diciembre de 1877

SEGUNDA EDICION

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1899

A mis queridos amigos

Don Miguel Ramos Carrión

Y

DON TORIBIO GRANDA

Al ver representar juntos en París la ópera cómica Les Cloches de Corneville, *convinimos unánimemente en que, para ser bien recibida en España, se necesitaba hacer un arreglo de tal importancia que casi no valía la pena de emprenderle. Había que suprimir un acto, localizar la escena, españolizar los tipos, dar un colorido uniforme á la acción, simplificar la marcha, eliminar diez ó doce piezas de música, suprimir cuatro ó seis personajes, hacer, en fin, una zarzuela española de una abigarrada obra francesa, con sus puntos de tragedia y sus ribetes de opereta bufa. El acto tercero, casi nuevo completamente en mi arreglo, prueba, sobre todo, que no nos habíamos equivocado.*

Circunstancias especiales de la Empresa del teatro de Jovellanos me han obligado á apresurar este trabajo más de lo que yo hubiera querido; pero al ver el éxito brillante de Las Campanas de Carrión, *no he podido menos de querer asociar vuestro nombre al mío, en recuerdo de nuestra agradable expedición del verano último.*

Siempre vuestro amigo de corazón

Luis Mariano de Larra

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
NORA	SRA.	FRANCO DE SALAS.
CELIA	SRTA.	SOLER DI-FRANCO.
JUANA		FRANCO (D.ª J.).
DON LOPE	SR.	FERRER.
GASPAR		BANQUELLS.
EL ALCALDE		TORMO.
BENITO		RIHUET.

Mozas y mozos del pueblo.

La acción pasa en Carrión de los Condes á fines del siglo XVII, durante el reinado de Carlos II.

Esta obra está escrita sobre el pensamiento de la ópera cómica francesa **«Les Cloches de Corneville.»**

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

1.ª En todos los teatros de provincias, el papel de *Celia* es el de la primera tiple, y el de *Nora* el de la tiple cómica, por lo tanto, se cambiará el órden del reparto en los carteles.

2.ª En las compañías donde no haya, como en la de Madrid, dos tenores cómicos, el papel de Benito le desempeñará el tenor cómico, y el del Alcalde, el bajo cómico, para la cual está apuntada dicha parte en la partitura.

3.ª También está apuntada la parte de D. Lope, para el caso en que tenga que hacer dicho papel el primer tenor, en vez del primer barítono, teniendo en cuenta, que ese papel corresponde al primer galán.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una plazoleta con árboles, cerca del campo donde se verifica la feria. En el centro una fuente. En último término se distingue el antiguo castillo de Carrión, que debe tener un torreón con campanas.

ESCENA PRIMERA

JUANA, GERTRUDIS, MOZAS y MOZOS del pueblo en traje de día de fiesta.

Música

Introducción.

CORO — Ese tunante de Benito
ya no te quiere aquel poquito
que ayer llegó á jurar;
con él no debes ya contar.
(A Juana.)
Elije novio más gentil
y más veraz,
ya que tras Nora el zascandil
corriendo va.

—

JUANA — Todas aquí demás estamos
desde que Nora quiere á ese doncel.
CORO — Como él no la ama ya,
la tonta va tras él.
Dicen, dicen que es verdad
y que en pos de Celia él va.

ESCENA II

DICHOS y NORA, que ha cido las últimas palabras.

NORA ¡Eh! ¿Quién habla tan mal aquí
de mí?
CORO ¡Ella!
NORA (Con ironía.) ¡Gracias mil!
MOZOS Juana hablaba mal de tí.
JUANA y MOZAS Yo te juro que no fuí.
NORA Sé muy bien que os gusta murmurar;
pero á tantas murmuraciones
vengo resuelta á contestar.
CORO ¡Bien va! ¡Bien va! (Con alegría.)

I

NORA Dicen, dicen que hay mil mozas
por Benito derretidas:
dicen, dicen que á escondidas
en su casa entrar las ve.
¡Me parece bien!
Dicen, dicen que de noche
aun con agua suficiente,
Mariquita va á la fuente
sin que nadie sepa á qué.
¡Pero yo lo sé!

—

Se dice tanto en fin,
que si á decirse va,
las mozas de Carrión
se quedan sin casar.

—

Pues hablábais mal de mí,
ya se ve que á no dudar,
todas, todas las de aquí
teneis por qué callar.

—

CORO Por tal murmuración (A Juana.)
nos dijo la verdad;

la sobra la razón;
tenemos que callar.
Por meterte á descubrir
lo que tapa cada cual,
ya ves qué bien nos va.

II.

NORA Dicen, dicen que en la iglesia
cuando entrar ven á Benito,
rezan todas callandito
al bendito San Ramón
una oración;
y es que el Santo, según dicen,
á despecho del demonio,
suele hacer que el matrimonio
tenga siempre sucesión.
¡Cuánta devoción!

—

Si el Santo da en oir
tan rara petición,
no va ni aun á dormir
el cura de Carrión.

—

Pues hablábais mal de mí,
ya se ve que á no dudar,
todas, todas las de aquí
teneis por qué callar.

—

CORO Por tal murmuración
nos dijo la verdad;
la sobra la razón;
tenemos que callar. (A Juana.)
Por meterte á descubrir
lo que tapa cada cual,
ya ves qué bien nos va.

(Al concluirse la introducción, todas las mozas rodean á Nora, y los mozos quedan colocados al otro lado del proscenio.)

Hablado

JUANA ¿Conque es decir que Benito ya no te quiere?

NORA Benito es un tunante que me ha dado mil veces palabra de casamiento.

JUANA ¡Y á mí!

TODAS ¡Y á mí!

NORA Pero es el caso que desde hace tres meses, por más que nosotros no dejamos de perseguirle, no nos hace caso.

JUANA Ya había yo notado su cambio. Desde que el señor Gaspar se trajo á Celia, esa pavisosa de Valladolid, Benito no es ya el mismo Finge que baila con todas, y que con todas se divierte; pero no deja á la tal Celia á sol ni á sombra.

NORA Yo era la preferida, según creíais todas; pues bien, apenas si me ha vuelto á dirigir la palabra desde que sale de la casa del señor Gaspar.

JUANA Pero ¿por qué has dejado un amo que, malo y todo, te ha tenido en su casa tantos años?

NORA Diez y nueve, que son los que cumplí ayer; pues si me dijeran... ¿quieres volver á servir al señor Gaspar ó sirves al demonio desde hoy? Sin vacilar un momento diría... elijo por amo al demonio con cuernos y todo.

JUANA Pero ello es, que aunque te hayas marchado de su casa, eres su hija adoptiva.

NORA Eso dice él y afirma todo el pueblo. Parece que me encontró á la puerta de la iglesia en una noche de Enero.

JUANA ¿Recién nacida?

NORA No: dicen que yo tenía ya seis ó siete días de edad. Desde entonces el señor Gaspar me ha tenido en su corral, educándome entre sus gallinas y sus patos, y de seguro, si hubiera podido torcerme el cuello como á sus bichos, no hubiese dejado de hacerlo. Pero si he pasado por todo, no he querido pasar por tener que servir á su sobrina.

JUANA ¡Buena sobrina te dé Dios! ¡Si todo el pue-

blo sabe que el señor Gaspar no tenía hermanos!

NORA — Lo más chocante es que un hombre tan avaro y miserable como Gaspar se haya gastado tanto dinero en ir por ella, traérsela á su casa, vestirla con tanto lujo y tenerla á su lado como una princesa. ¡El, que de cada docena de garbanzos apartaba uno para almorzar al día siguiente!

JUANA — Lo cierto es que desde que esa sobrina ha llegado, Benito, que se moría por tí, se muere por ella, y que ella no le mira con malos ojos.

NORA — Eso no puede ser, supuesto que Gaspar la quiere casar con el señor Alcalde, y todo está ya arreglado para que la boda se celebre uno de estos días de feria.

JUANA — ¿Nada menos que con el Alcalde? ¡Eso sí que es tratarla como á princesa!

NORA — Cuando la princesa, ¡quién sabe si lo seré yo!

TODOS — ¿Tú?

NORA — ¡Claro! Puesto que nadie sabe de dónde he venido, puedo haber venido... de cualquier parte.

JUANA — Eso es indudable.

NORA — Y si no, oid lo que yo pienso, y veréis cómo tengo razón.

Música

NORA

En una manta desnudita,
según ha dicho el gran bribón,
estaba yo rebujadita
junto á la iglesia de Carrión.

—

Sin mantillas ni pañales,
sin papeles ni señales
que pudieran dar al mundo
de mi origen prueba fiel,
puedo ser de igual manera
hija de una verdulera
que de un noble sin segundo
ó de un príncipe ó de un rey.

—

Y muchas veces he soñado,
una basquiña al estrenar,
que veinte negros y un criado
me la ayudaban á llevar.

—

Y que en magníficos salones
caballeros más de mil,
con el birrete en los talones
iban todos tras de mí.
(Haciendo cortesías ridículas.)
Y que á las damas más apuestas
que envidiaban mi blasón,
yo con miradas indigestas
las echaba del salón.

—

Conque ya veis que si soñando
señora soy tan principal,
debo creer de cuando en cuando
que por mi casa no estoy mal.

—

CORO No hay duda, no, que esta muchacha
es una dama principal.

ESCENA III

DICHOS, GASPAR, el ALCALDE, que entran sin ser vistos por la izquierda

Hablado

JUANA Pues mientras te reconocemos ó no por princesa, lo mejor es que asistamos á la boda de Celia.

NORA ¡Vaya una boda! La novia tiene diecinueve años y el novio cincuenta. ¡Y qué feo y qué raro es el señor Alcalde!

ALC. (Acercándose.) Muchas gracias, hija.

TODAS ¡Ay, el Alcalde! (Retrocediendo.)

NORA No, perdonad. Si á quien llamábamos feo era al salvaje de Gaspar.

GAS. (Acercándose.) ¿A mí? ¡Lengua de víbora!
TODAS ¡Ay, Gaspar!
NORA ¡Chicas, á la feria!
TODAS ¡A la feria!
NORA (¡Qué par de aves de rapiña!)
TODOS ¡A la feria! (Se van. Música en la orquesta hasta que se van todas.)

ESCENA IV

GASPAR, el ALCALDE

GAS. Decididamente yo he de matar á esta viborilla.

ALC. Pero, señor Gaspar, no tomeis las cosas tan á pecho.

GAS. Y en cuanto á Celia, yo os juro que, como la encuentre otra vez con el tunante de Benito...

ALC. Yo os prohibo, como Alcalde que soy de la villa de Carrión, por nuestro amado rey Don Carlos Segundo, que paseis á vías de hecho. Celia será mi mujer, según me habéis prometido, y no quiero escándalos.

GAS. Pero hasta que lo sea no permitiré que ese mozo atrevido me la traiga al retortero, como á todas las demás mozas del pueblo. Benito es un ambiciosuelo, y así como antes perseguía á Nora por estar en mi casa y creerla mi ahijada, ahora enamora á Celia por ser mi sobrina. ¿De dónde habrá sacado ese tuno que tengo yo dinero para dotar á todas las mujeres de mi casa? Primero que dársela, mataba á mi sobrina.

ALC. Señor Gaspar, vamos á cuentas. Todo el mundo habla de vuestro parentesco con Celia en son de burla, y yo hoy necesito que me le expliquéis para poder entenderme.

GAS La cosa es muy clara. Cuando el conde de Carrión se rebeló contra nuestro difunto rey Don Felipe Cuarto, y debió á su fuga de España el no ser ahorcado, como lo fueron todos sus cómplices, yo era su mayordomo.

Vendiéronse los bienes del proscripto, excepto su castillo desmantelado, que sólo sirvió entonces de madriguera á los lobos, y ahora de guarida de fantasmas y aparecidos. Yo seguí viviendo solo en Carrión, esperando que el mejor día, muerto ya el rey y olvidada la rebelión, regresara el conde, ó cualquiera de sus hijos, á sus antiguos dominios.

ALC. Pero como el conde tenía ya cerca de sesenta años cuando salió de España, hoy debe tener noventa; y si vive, cosa que nadie sabe, más estará para pensar en su última hora que para querer visitar lo único que le queda de sus cuantiosos bienes: ese maldito castillo, terror de los aldeanos y antro de brujas y endemoniados. Pero, ¿qué tiene todo eso que ver con Celia, vuestra sobrina?

GAS. Voy al caso. Muertos todos mis parientes durante tantos años, sólo me quedaba una hermana, madre de Celia, que residía en Valladolid. Su mucha piedad religiosa la hizo llevar á su hija á un convento de monjas Carmelitas; pero al verme yo viejo y enfermo, al saber que había muerto la madre, y al encontrarme conque no tenía á mi lado una mujer que cuidara de mi vejez, pues Nora, á quien había recogido recién nacida, era tan ingrata para mí, resolví traerme á Celia conmigo, y para ello hablé con la abadesa, emprendiendo juntos la vuelta á Carrión, no sin tener que vencer antes la repugnancia de Celia, que se me escapó al ser de noche en la primera parada. ¿Os vais enterando?

ALC. Perfectísimamente.

GAS. Busquéla por todas partes y me la encontré á la orilla del Pisuerga, en los brazos de ese tuno de Benito, que, según parece, la había sacado del río, donde ella se había arrojado desesperada. Yo hubiera hecho lo mismo; vos hubiérais hecho lo mismo; todo el mundo hubiera hecho lo mismo.

ALC. Lo que es yo, no sé si me hubiera dado ese

baño. Pero, seamos francos: cuando pienso en todo lo que habéis hecho para inclinarme á esa boda...

GAS. ¿Yo?

ALC. Sí, vos. Yo puedo ser un imbécil, como dicen en el pueblo; pero no tanto que no comprenda que al darme vos á vuestra sobrina, debe haber gato encerrado, y un gato más grande que un cordero.

GAS. ¿Y qué os importan las malas lenguas? Aunque yo no fuera tío de Celia, que sí lo soy, eso no es cuenta de nadie; y si, como dicen, fuera yo un avaro, no la daría para casarse con vos, y no con otro, mil doblones contantes y sonantes después de la ceremonia.

ALC De modo que mi boda...

GAS. Ha de celebrarse á despecho de todo el mundo, aunque sonaran al casaros las campanas de ese maldito castillo de Carrión, que, según los aldeanos viejos, sólo han de volver á sonar para anunciar catástrofes y desgracias.

ALC. A propósito de campanas. ¡Yo no las he oído nunca!

GAS. Ni yo tampoco, desde que el señor conde huyó de su castillo, hace treinta años.

ALC. Lo natural es que las campanas no suenen jamás, porque nadie las toca; y porque no queriendo penetrar nadie en el pavoroso castillo, acabará éste de hundirse antes de que las campanas vuelvan á sonar. Pero de eso iba á hablaros. Puesto que el anciano conde habrá ya muerto sin dejar herederos, toda vez que éstos no se han presentado; puesto que tal vivienda sólo sirve para infundir terror al pueblo con sus aparecidos fantasmas, duendes, brujas, etc., etc., y puesto que se está desmoronando piedra á piedra, pienso oficiar á la Chancillería de Valladolid para que nos permitan derribarle y construir con sus piedras un lavadero y un mercado que nos hacen falta.

GAS. (¡Diablo! ¡Lo que temía!) ¡Guardaos muy

bien de tal cosa! Que hay fantasmas y gentes del otro mundo en el castillo es indudable; vivan ellas ó mueran á su gusto: húndase él cuando le plazca; sigan sin tocar sus campanas hasta la consumación de los siglos, y no nos metamos nosotros en lo que no nos importa. Casaos con mi sobrina y...

ALC. Hágase vuestra voluntad.

GAS. Y vuestra fortuna. ¿Quién os tose á vos con mujer lucida y mil doblones por añadidura?

ALC. Hágase como decís y no hablemos más en el asunto.

GAS. Así me gusta. ¡Gente llega! ¡Ah! Es Benito. ¡Dejadme que le ajuste unas cuentas!

ALC. ¡Poco á poco! ¡Ya os he dicho que no quiero escándalos; veníos conmigo!

GAS. ¡Como le encuentre otra vez con ella, le mato!

ALC. (Sea ella mi mujer y lo demás es cuento.) ¡Vamos!

GAS. ¡Vamos! (Gran miedo he tenido; pero para algo ha hecho Dios en el mundo á los tontos.) (Vanse por la derecha.)

ESCENA V

BENITO, por el foro izquierda

Música

Flor de los campos,
bien de mi vida,
niña querida
ven á escuchar,
la cantinela
de amores llena,
del que ambiciona
ser tu galán.

—

Día y noche me abraso
de tu luz al calor,

dando al viento á tu paso
un suspiro de amor.
Déjale, déjale
á tí llegar:
guárdale, guárdale
por si se va.

—

De los desdenes
la cruel porfía
el alma mía
jamás sufrió:
mas los enojos
que dan tus ojos,
aunque me maten,
los quiero yo.

—

De tus mismos agravios
voy en pos con placer;
¡por un beso en tus labios
diera todo mi ser!
Dime ya, dime ya
si mi alma ves:
¡guárdala, guárdala
que tuya es!

Hablado

Nada, yo creí que acudiría como otros días á mi voz: pero por muchas ilusiones que yo me haga, la verdad es que la tal Celia no me quiere gran cosa. Y el negocio no puede ser más brillante. ¡Yo hago mi papel á las mil maravillas! ¡Si logro obligarla á que se case conmigo en vez de dar su mano al Alcalde, claro es que toda la fortuna del avaro Gaspar será para mí con el tiempo! ¡Y que debe tener una hucha!... La verdad, á mí, como gustarme, me gusta mucho más Nora. Es resuelta, alegre; está muerta por mí, y en cambio Celia, con su aire de señora... me impone de tal modo... Pero es guapilla; tiene también diez y nueve años, y sobre todo un porvenir... ¡Ah!... ¡Ella es! ¡Valor y audacia!

ESCENA VI

BENITO, CELIA por la izquierda

CELIA (¡Dios quiera que no le encuentre!)

BEN. ¡Por fin has venido! (Acercándose.)

CELIA ¡Benito! ¡Otra vez vos! Si nos encuentran juntos...

BEN. (¡Y empeñada en no tutearme! Pues por mí no ha de quedar.) No temas; he visto al zorro de tu tío buscándote por la feria, y al bribón del Alcalde presidiendo el baile. Estamos solos y podemos hablar.

CELIA Pero... ¿por qué os obstinais en seguirme á todas partes? ¿No sabéis que me quieren casar y que todo está dispuesto para mi boda?

BEN. Aún no eres mujer de ese moscardón y podemos pensar en mil medios para estorbar esa boda maldecida. Además, tengo tu palabra de que no has de ser de nadie más que de quien te salvó la vida, y puesto que ese fuí yo, claro es que has de ser mi esposa.

CELIA Eso he jurado; ¿pero acaso vos me amais?

BEN. ¡Yo te amo con toda el alma! ¿Por qué no me quieres tú?

CELIA Puede que os quisiera á ser hombre menos perseguidor de todas las mozas.

BEN. Eso era antes de conocerte. ¿Tengo yo la culpa de que Juana... Nora... Gertrudis y otras, no me dejen en paz más para que no te quiera á tí, para que las quiera á ellas?

CELIA Pero, ¿qué las he hecho yo para que tan mal me traten?

BEN. No te tratan mal; pero para ellas no eres más que una forastera. Hacíalas yo el amor antes de tu venida; divertíanse conmigo á su placer, y desde que tú has entrado en el pueblo, ni yo soy el mismo, ni ellas me ven como en otro tiempo.

CELIA Todos dicen que amábais á Nora y que por mí la habéis dejado.

BEN. Pues si la he dejado por tí, claro es que te quiero más que á ella. Y además, para tí no hay escape. O te casas, según quiere tu tío, con el Alcalde, que es viejo, feo y tonto, ó conmigo que soy joven y que te salvé la vida, sacándote del río donde te estabas ahogando, con peligro de ahogarme yo.

CELIA Tanto me lo echais en cara que casi parece que no es cierto.

BEN. (¡Demonio! ¡Si sospechará...) Te lo echo en cara para recordarte tu promesa.

CELIA ¡Mi promesa! ¡Ya la recuerdo!

Música

CELIA Al salir de mi convento,
el feliz contento,
la dichosa calma,
por mi mal perdí.

BEN. Al mirarte sola y pura
niña y sin ventura,
yo mi amor te dí
y conseguí salvarte allí.

CELIA Y yo la vida así os debí.

BEN. En mis brazos todavía
sin saber quién era
el que te salvaba,
me juraste amor.

CELIA Es verdad que os he jurado
que mi amor daría
á mi salvador.

—

Un sér ideal
mi mente forjó
y el alma sin calma
la palma le dió.
Mas al ver en vos
el bien que soñé,
mi sueño risueño
sin dueño se ve.

BEN. Si tú tímida
de mi amor no dudas,

hoy conténtate con ser al fin
mi bien.
Mírame sufrir
tan mortal desdén,
y no pienses nunca
que yo te olvide infiel.

CELIA Si con lágrimas
llego tuya á ser,
en odiosos brazos
feliz no seré.

A duo

CELIA	BENITO
Si con lágrimas llego vuestra á ser en odiosos brazos infeliz, infeliz seré.	Si aun con lágrimas llegas mía á ser, aunque no me quieras yo feliz, yo feliz te haré.

—

CELIA Quien contempla mi agonía
y al altar me guía,
sin que yo le adore
no me tiene amor.

BEN. Como yo te llame mía,
ya verás un dia
si te quiero yo.
Constante y sin par
amante seré,
no en vano tu mano
ufano obtendré;
y ya verás tú
llegándome á amar,
que esposa dichosa
gozosa serás.

—

CELIA Sueños mágicos
de mi fe perdida,
huid rápidos ya que os creí
mi edén.
Que si un día aquí
yo os acaricié,

ya en mi pecho nunca
á veros tornaré.

—

BEN. Si aun con lágrimas
llegas mía á ser,
yo á tu lado siempre
dichoso seré.

A dúo

CELIA	BENITO
Si con lágrimas	Si aun con lágrimas
llegó vuestra á ser,	llegas mía á ser,
en odiosos brazos	aunque no me quieras
infeliz, infeliz seré.	yo feliz, yo feliz te haré.

Hablado

BEN. Conque, ¿en qué quedamos? ¿me quieres por esposo ó no?

CELIA Yo no sé qué vago presentimiento me aleja de vos.

BEN. Pues *yo te digo que si tú tienes tan tenaz temor te estimas en poco:* (tómate tuteo.)

CELIA Por último, Benito, si os empeñais en recordarme mi promesa, seré vuestra, pero no me pidas mi corazón, porque ese, ni siquiera es mío.

BEN. Pues mira, para irte acostumbrando, empieza por darme los brazos. (Queriendo abrazarla.)

CELIA ¡Dejadme! ¡Dejadme! (Huyendo.)

BEN. Ni que lo pienses. No me voy de aquí sin un abrazo tuyo.

CELIA ¡Dejadme, os digo!

BEN. ¡Nunca!

ESCENA VII

DICHOS, DON LOPE por la derecha, interponiéndose entre ambos

LOPE ¡Alto ahí, buen mozo!

BEN. ¿Eh?

CELIA ¿Cómo?

LOPE ¿Desde cuándo se acostumbra en España á tomar por fuerza lo que solo ha de darse de buen grado?

BEN. ¿Y á vos, qué os importa?

LOPE ¡Vive Dios... don Bellaco, que no os vendría mal tener mejores modos con forasteros y doncellas!

BEN. ¿Quién os mete á vos en lo que no os atañe? (Con mal modo.)

LOPE ¡Pudiera ser que te hiciera á cintarazos ser más comedido! (Llevando la mano á la espada.)

BEN. (¡Hola! ¡Gasta malas pulgas!)

CELIA Perdonadle, caballero, que aquí no hay nada que os ofenda. Reclamábame una promesa; yo he retardado su cumplimiento...

LOPE Y él se la quería tomar adelantada. Bien hacía entonces, ni os negabáis á darle lo que le habíais prometido.

BEN. ¡Bendita sea vuestra boca, hidalgo!

CELIA Dejad eso, que habría mucho que hablar en ello: y pues sois forastero, decid si podemos serviros en algo, y ambos lo haremos en seguida con mucho gusto.

LOPE Amable eres, niña, y no te explicas mal para ser aldeana.

BEN. Más tiene Celia de señora que de plebeya, en la apariencia al menos. Pero pues ella se os ha ofrecido, aquí estoy yo para serviros en su nombre, con alma y vida.

LOPE Unas noticias importantes busco, y tal vez podais dármelas vosotras.

BEN. Pregunte á su gusto vuestra señoría.

LOPE En primer lugar: ¿estoy muy lejos del castillo de Carrión?

CELIA Tan cerca estáis, que desde aquí podeis ver sus antiguos torreones. Vedlos. (Señalando al foro.)

LOPE (¡Ah, tan cerca estaba, y el corazón nada me decía!) ¿Quién corre á cargo del castillo y á quién hay que pedir permiso para visitarle.

CELIA ¿Qué decís?

BEN. ¿Visitar el castillo? ¡Ave María Purísima! (Con terror.)

LOPE ¿De qué te asombras?

BEN. ¡Ni nadie cuida de semejante morada, ni á nadie se le ha ocurrido jamás visitarla!

LOPE ¿No la conocéis vosotros?

CELIA Ni nadie en el pueblo, según creo. ¿Ignoráis, señor caballero, que esa es la vivienda de los nobles y desgraciados condes de Carrión, señores antes de toda esta comarca?

LOPE ¡Porque no lo ignoro, creí que alguien estaba al cuidado de esa fortaleza! ¡Hanme dicho que aun vive el que fué mayordomo del último conde; y si eso es cierto, ya ves que no era tan rara mi pregunta!

BEN. ¿El señor Gaspar? ¡Oh! ¡Ese sí, vive y revive por desgracia! Pero yo le he conocido siempre en su casa, que es la última del pueblo, al otro lado de la plaza.

LOPE ¿Y quién guarda entonces la herencia de los condes?

BEN. ¡Buena herencia te dé Dios! Según dicen los ancianos del pueblo, el viudo conde de Carrión huyó de su castillo temiendo á la justicia del rey, llevándose á una hija ya casadera, y á un hijo de muy corta edad, sin que del padre ni los hijos haya vuelto á saberse nunca. Fueron confiscados y vendidos todos sus bienes; y no falta quien asegura que el mayordomo Gaspar fué quien los compró todos con nombre supuesto. Abandonado el castillo, fué hundiéndose poco á poco, hasta el punto de que puede que no queden en él cuatro ó seis salones en regular estado; y tal vez no hubiera eso sucedido á no haberle elegido los duendes y fantasmas por domicilio.

LOPE ¿Duendes y fantasmas? ¿Créese en ellos por estos barrios?

CELIA ¿No creeis vos, caballero?

LOPE ¡Necesitaría verlos al menos!

BEN. Pues no puede ser más fácil; en yendo al castillo...

LOPE Tenéis razón y voy á convencerme

BEN. ¡Oh! ¡No vayáis, señor, y menos solo!

LOPE ¿Te atreverías tú á acompañarme?

BEN. ¡Dios me guarde! ¡Tengo yo mucho miedo al demonio y á toda su gente!

LOPE Y vos, linda niña, ¿también tenéis miedo al demonio y á los aparecidos?

CELIA A los duendes y brujas, mándanos la iglesia que no demos crédito. Pero al demonio, ¿cómo no hemos de dársele?

BEN. Sin ir más lejos, ¿no se le han metido en el cuerpo á nuestro buen rey don Carlos Segundo y no hay manera de que se los saquen?

LOPE Así parece, pobres gentes; pero como yo no soy rey, y creo muy mucho en Dios, que es lo que conviene, no tengo miedo á los poderes infernales.

BEN. Ya se lo tendríais, si viérais como hemos visto todos á los fantasmas del castillo.

LOPE ¿Tú los has visto?

BEN. Hasta hace ocho ó diez años todos los temíamos de oídas; pero presentóse un señor que quiso comprar la finca, y á la noche siguiente empezamos á ver unas luces á través de sus ventanas y unas sombras que corrían en todas direcciones.

LOPE ¡Ah! Ya comprendo. ¿Y nadie ha tenido valor para ir á verlas? ¿Ni ese Gaspar que habrá nacido en el castillo de seguro?

CELIA Ese menos que nadie; ¡se aterra tanto al oir hablar de eso!...

LOPE Ya lo concibo. ¿Y se han repetido las apariciones?

BEN. Tan á menudo, que apenas pasa un mes sin que al llegar la media noche, no vea alguien desde lejos la misma función.

LOPE Conque fantasmas con sus luces y su ruido de cadenas correspondientes!

BEN. ¡Naturalmente! ¡Todos los condenados las gastan!

LOPE Gracias por vuestras noticias. Y para estaros más obligado, espero un nuevo favor de vosotros.

CELIA Mandad como gustéis.

LOPE Necesito que, con el mayor secreto, me busqueis al Alcalde, y le digais que un noble caballero le espera en este sitio.

BEN. Venid conmigo. Estará en la feria, y allí podréis verle.

LOPE Importa mucho que nadie más que él sepa mi venida. ¡Traédmele aquí sin que nadie lo advierta, y gastad ese oro en memoria mia! (Ofreciéndole un bolsillo.)

BEN. (Apoderándose de él con avivez.) ¡Para mí sólo, se entiende!

LOPE ¡Generoso eres al no querer compartirle con la que te negaba sus abrazos!

BEN. Ella no le necesita. Es sobrina de Gaspar, y el viejo avaro tiene dinero para enterrarnos á todos.

LOPE ¡Sobrina de Gaspar! (¡Lástima es por cierto!)

CELIA Yo no necesito dádivas ajenas, buen caballero.

LOPE No te negarás á aceptar este pobre anillo, por ser tú la primera mujer bonita que he visto al tornar á mi patria. (Dándola una sortija.)

CELIA ¿Sóis de Carrión acaso?

LOPE Id, amigos, á cumplir mi encargo, y quizá no os pese haberme servido.

BEN. (Es un noble á carta cabal. ¡Hay más de diez doblas!)

CELIA ¡La conservaré toda mi vida! (Vanse por la izquierda.)

ESCENA VIII

DON LOPE solo.

¡Linda criatura! ¡Pues señor, curiosa es la descripción que me han hecho del castillo! Misterio hay aquí sin duda de grande importancia; y ya que la fortuna guía aquí mis pasos, á mí me toca descubrirle. Y esa bella joven, ¿es sobrina de Gaspar? ¿De ese hombre que, á juzgar por las señas, ha sido traidor é infame con su antiguo señor? ¡Extraño destino el mio! Piso por primera vez España para pedir al rey protección y justicia, y salvo de noche la vida cerca de Valladolid á una joven que se ahogaba en el río. Sin aguardar á que volviera en sí, la dejo en brazos de un aldeano que se me apareció por

aquellos sitios y continúo á caballo mi marcha rápida, á la corte sin poder siquiera conocer á la que había salvado. Llego hoy por primera vez á Carrión, término de mi larga jornada, y otra joven excita mi interés por su gentileza y porte distinguido. ¿Será que mi corazón, tanto tiempo acostumbrado á la soledad, late por cuantas bellas encuentra á su paso, ó que estas dos mujeres han de ejercer algún imperio en mi vida?

Música

Recuerdo aún que en mi niñez
crucé las ondas de la mar;
y siempre triste desde entonces
sin patria vivo y sin hogar.
¡Bendita seas bella España,
si hoy puedo á tí libre tornar!

—

De mi existencia
en los albores
con sus rigores
la adversidad,
cruzar me hizo
sólo en el mundo
del mar profundo
la inmensidad.
Cuando sus olas
rugen sin calma,
aprende el alma
del bien en pos,
que el horizonte
del ancho espacio
es el palacio
que habita Dios.
Crecido en años
por ver la tierra,
cifré en la guerra
mi porvenir,
y de la suerte
á los embates
en cien combates
quise morir.

Así he vivido
desde la cuna,
tras la fortuna,
tras el placer,
hasta que un día
en mi camino
puso el destino
á una mujer.
Sobre las aguas
del manso río
su cuerpo frío
flotando ví,
y entre la sombra
desvanecida,
al darla vida
yo la perdí.
Si á tu recuerdo
por vez primera
mi vida entera
tras tí se va,
no llegue á verte
sombra adorada,
que tu mirada
me matará.

Hablado

Dejemos ahora mis locos sueños y atengámonos á lo más importante. Apenas lleguen mis fieles soldados, para quienes tengo firmada por el rey la libertad, yo sabré arrojar de esa morada á los ridículos fantasmas que la ocupan.

ESCENA IX

DON LOPE y varios SOLDADOS por el foro

SOLD. ¡Aquí está!

LOPE (Ellos son.) Silencio, amigos míos. Viene gente. Es el Alcalde sin duda. No os extrañe nada de cuanto vais á oir, y obedecedme como siempre.

SOLD. Así lo haremos. (Se retiran al foro.)

NORA (Dentro.) Es que yo no me separo de vos.

ESCENA X

DICHOS, CELIA, NORA, BENITO y el ALCALDE por la derecha

ALC. Pero, muchacha...

NORA Ya habéis oido á Gaspar, que al entrar en su casa y verme en ella quiere matarme.

ALC. ¡Adelante con los faroles!

BEN. Aquí está el caballero que os aguarda.

LOPE ¡Bien venido seais, señor Alcalde!

CELIA (Y no está solo.)

NORA ¡Y son soldados!

ALC. ¡Hola, soldaditos! Muchos años hace que no se ven gentes de guerra por estos barrios. ¿Qué motivo os obliga á hacerme dejar la feria, donde hago tanta falta para la venta de las bestias?

NORA Vamos, á lo menos lo confiesa.

ALC. ¿Quién sois y qué se os ofrece?

LOPE Soy capitán de los extinguidos tercios de Flandes, y estos que me acompañan soldados míos que vuelven á sus hogares.

ALC. ¿Y en qué puedo servir á tan buena gente?

LOPE Acercaos y tomad. ¡En nombre del rey! (Le da un pliego.)

ALC. ¡Alabado sea su nombre! (Dejando caer aterrado el sombrero y la vara.)

CELIA
NORA } ¡Del rey!

BEN. (¡Cuando yo te decía que era un noble de tomo y lomo!) (A Celia.)

ALC. Mirad, señor capitán, los alcaldes no estamos muy fuertes en eso de la lectura. Si quisiérais vos mismo leerme el papelito... (Se le devuelve.)

LOPE ¡Oid! (Abriendo el pliego.)

BEN. Oigamos. (Acercándose.)

LOPE (Leyendo.) «Sepan todos cuantos mis letras vieren que os exhorto á prestar vuestra ayuda al que os las presente y os ordeno la obediencia á sus mandatos, bajo pena de mi real desagrado.—*Yo el Rey.*»

ALC. Escribe poco, pero bueno. ¿Y ese plastón colorado es la firma de su majestad, que Dios guarde?

LOPE Es el sello real que autoriza sus decretos.

ALC. Pues si he de obedeceros en todo, echad por esa boca, que yo echaré por el atajo para serviros.

LOPE En nombre del rey, vais á venir conmigo en el acto al castillo de Carrión!

ALC. ¿Al castillo? ¡Cuerniquiquí! ¡Eso sí que es gordo!

LOPE Y han de acompañarme cuantos me han oído.

BEN. ¿Yo? ¡Buenas y gordas!

NORA ¿Yo al castillo? ¡Que si quieres!

CELIA ¿Teneis miedo con tal compañía?

LOPE Secreta es preciso que permanezca mi visita al castillo, y de seguro no lo sería si alguno de los presentes volviera al pueblo.

NORA No, yo os juro...

BEN. También yo os prometo...

LOPE Os cansais en balde. Estoy decidido, y si no viniérais de grado, mi gente, en virtud de esta orden, está resuelta á llevaros por fuerza.

NORA Pero, señor caballero, ¿ignorais que el castillo está poblado de fantasmas?

LOPE Por eso voy á buscarlos.

BEN. ¡Ay! ¡En qué berengenal nos hemos metido!

ALC. A mí me va á dar algo

CELIA A vosotros os dan miedo y á mí me infunden valor sus palabras.

LOPE En marcha, pues. Anochece y no hay que perder el tiempo.

ALC. ¡Pero esto es un desaguisado!

BEN. ¡Yo no quiero ir!

NORA De seguro en cuanto vean los duendes entrar en su casa tanta gente van á echar á vuelo esas terribles campanas que no hemos oído nunca.

ALC. ¡Ay! ¡Las campanas! Ya no me acordaba.

LOPE ¿Qué campanas son esas?

ALC. ¡Friolera! Este señor ha oído campanas y no sabe dónde. Las campanas del castillo, que

no suenan hace treinta años, y que, según un profeta manchego, sólo han de volver á oirse cuando regrese un conde de Carrión á sus dominios ó para anunciar catástrofes y desgracias.

LOPE ¿También creeis, pobres gentes, en tal profecía?

NORA ¿Cómo no? ¡Si hasta hay un romance que todos sabemos y que se canta siempre para asustar á los chicos!

ALC. ¡Y á los grandes, hija y á los grandes!

LOPE ¡Cantadnosle pues, y él nos dará valor para arrostrar esos peligros que nos amenazan!

ALC, ¡No os burleis, señor que la cosa es muy seria!

BEN. ¡Cántasele mujer, á ver si se asusta!

NORA ¿Quereis oirle?

LOPE ¡Impaciente le aguardo! ¡Acercaos, valientes; oigamos el romance, y al terminar el canto al castillo!

TODOS ¡Al castillo!

Música

NORA

Triste alumbra el sol
almenas y ventanas,
del hogar feudal
que fué dichoso ayer.
No se escuchan hoy
las plácidas campanas,
que el anuncio son
del gozo y del placer.
Si del noble conde
en alegre día
vástago feliz
aquí se ve llegar,
anunciando al pueblo
fiesta y alegría
las campanas ved
que vuelven á sonar.

—

CORO

Las campanas son,
que vuelven á tocar.

—

NORA

Toca, toca, toca
en alegre son:
tan, tilin, tilintin;
tan, tilin, tilon;
toca, toca, toca
en alegre son,
que al feudal castillo
torna su señor.

—

CORO

Toca, toca, toca, etc.

—

NORA

Otro tiempo fué
servía su tañido
para celebrar
las fiestas del amor:
hoy su repicar
no alegra nuestro oído
y sirven no más
de espanto y de terror.
Si un señor ilustre
pisa nuestro suelo,
y de su mansión
volviera á disfrutar,
todas las campanas
tocarán á vuelo,
para nuestro bien
en dulce repicar.

—

CORO

Las campanas son
que vuelven á tocar.

—

NORA

Toca, toca, toca
en alegre són:
tán, tilín, tilintín,
tán, tilín, tilón.
Toca, toca, toca
en alegre són,
que al feudal castillo
torna su señor.

—

CORO Toca, toca, toca... etc.

—

(Don Lope da el brazo á Celia, que le admite. Nora, Benito y el Alcalde se resisten á seguirlos, y los soldados los obligan á andar. Cae el telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un salón corto del castillo gótico de Carrión. A la derecha, en primer término, una ventana ojival por donde se ve el campo. A la izquierda puerta pequeña con llave en la cerradura. A la derecha una mesa y un sillón. En las dos esquinas dos grandes candelabros con velas de cera á medio gastar. Dos armaduras completas colocadas sobre dos pedestales á los dos lados del proscenio. El foro viene muy cerca del proscenio y todo él está cubierto de tapices. A su tiempo, y cuando éstos se descorren por un resorte, se ve el gran salón de la «Armería del castillo» lleno de armaduras, caballos, lanzas, escudos, etc., etc. A derecha é izquierda, y en último término, dos pequeños arcos laterales que dan á dos galerías. Al levantarse el telón la escena está sola y á oscuras; música en la orquesta. A poco van saliendo por el arco de la izquierda los personajes que se citan.

ESCENA PRIMERA

CELIA, DON LOPE y los SOLDADOS con antorchas encendidas en la mano

Música

CORO

Id entrando con precaución,
no hay que hacer el mas leve ruido,
registremos este salón
por si hay aquí alguien escondido.
Ruinas sólo y oscuridad
son aquí las que causan miedo;
con prudente sagacidad
descubriremos este enredo.

LOPE (A Celia.)
Niña gentil, de rostro peregrino
que valiente y serena
compartiste nuestro afán,
llega hasta el fin; tal vez el nuevo día
nos dará ventura y alegría.

CELIA Pues ví
en vos tan gran valor,
perdí
el miedo y el terror.

LOPE Bella es tu faz y ardiente tu mirada,
si nos sirves de guía
nadie aquí tendrá temor.

CELIA ¡Gracias os doy por tal favor!

LOPE Tú nos infundes fe y valor.

—

CORO Por la cara de esta mujer
á luchar yo me atrevería
aunque fuera con Lucifer,
y de seguro vencería.

I

CELIA

Si por la mujer
y en combates mil
si por su querer
y la dicha da
si es para él la fe,
debe la mujer,
pagarle muy bien,

es audaz el hombre,
brilla vencedor;
busca gloria y nombre,
por lograr su amor,
si es para él la luz,
siendo el hombre así,
me parece á mí.

—

Por eso yo así,
con un miedo atroz
llegando hasta aquí,
con temor igual

viendo vuestro brío,
que disimulé,
aunque no me fío,
delante siempre iré.

CORO

Su voz da valor
yendo de ella en pos,
es tal su valor,
que yo ya no sé

y es audaz su acento;
nadie temblará,
tal es su ardimiento
á dónde llegará.

II

CELIA

Yo á las monjas vi siempre en mi convento
de pavor huir dando la oración;
y temblaba más al oir su acento,
que he temblado aquí con mayor razón.
Como siempre yo tan cobarde fuí;
en esta mansión cuando á entrar llegué
yo creí temblar, pero no hay de qué.

—

Y eso debe ser, que si tuve un día
el temor pueril que me alucinó,
con hombres así no sé donde iría;
deducid de aquí si soy valiente yo.

CORO

Su voz da valor y es audaz su acento,
yendo de ella en pos nadie temblará,
es tal su valor, tal es su ardimiento,
que yo ya no sé á donde llegará.

Hablado

LOPE Gracias mil por vuestra valerosa compañía. Ya sólo nos faltan que recorrer estos salones y la plataforma. Subamos primero á ella, y después bajaremos á sentar aquí nuestros reales toda la noche

CELIA Por mí no ha de quedar. ¡Adelante!

TODOS ¡Adelante!

LOPE ¿Y el señor Alcalde y tus compañeros?

CELIA Como se desmayan á cada paso, tienen que detenerse sin cesar los soldados que los acompañan.

LOPE Yo he cerrado las puertas y no pueden volverse al pueblo sin nosotros, que es lo que importa. Recorramos la plataforma sin luces para que no nos pueda ver nadie desde el campo, y quizá estén ya aquí cuando ba-

jemos. ¿Queréis continuar, bella niña, dándome el brazo?

CELIA Siendo vuestra prisionera, señor capitán, sólo me toca obedeceros

LOPE ¡En marcha, pues! Yo os guiaré. (Vanse todos por el arco de la derecha, dejando las antorchas encendidas en la escena.)

ESCENA II

NORA, BENITO, el ALCALDE y SOLDADOS por la izquierda

BEN. ¡Yo no quiero andar más! ¡Yo tengo miedo!

NORA ¡Lo mismo digo!

ALC. Pues yo... no digo nada.

SOLD. 1.º Entrad con mil diablos y no nos hagais serviros de escolta toda la noche. ¿Dónde estará nuestro capitán?

SOLDS. Por aquí. (Viendo de lejos á los otros soldados por la puerta de la derecha.)

SOLD. 1.º Reunámonos con ellos y dejemos aquí á estos tres cobardes.

ALC. ¡Cómo! ¿Nos vais á dejar á los tres solitos?

SOLDS. ¡Marchemos! (Se van por la derecha.)

ALC. ¡Nada! ¡Que se van á ir! ¡Que se van! ¡Que se fueron! (Quedan solos.)

NORA Pero, ¿no nos da vergüenza que una mujer como Celia vaya delante de todos, recorriendo este horrible edificio?

BEN. Que me dé á mí el brazo el capitán, que me rodeen todos esos soldados y ya veréis si soy valiente.

ALC. ¡El hecho es que yo no las tengo todas conmigo! ¿Quién es este hombre y la gente que le acompaña? ¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué hemos venido?

BEN. ¡Ay! (Viendo una de las armaduras que están en los pedestales.)

NORA ¿Qué es eso? (Aterrados.)

ALC. ¿Qué ocurre?

BEN. ¡Un fantasma de hierro!

ALC. ¡Será alguna sartén!

BEN. ¡No! ¡Mirad, mirad!

NORA ¡Ah! ¡Si es media armadura puesta en un palo! No tengais miedo.

ALC. ¿Y esos tapices con tantos figurones? ¡Y la sala está en buen estado! ¡No es así esa maldita galería por donde hemos venido pisando escombros!

NORA Diga vuestra merced, señor Alcalde. ¿En cuanto acabemos esta visita, nos volvemos á casa, eh?

ALC. Si nos dejan, hija, si nos dejan; porque ese mozo tiene un modo de mandar...

BEN. ¡Siento ruido!

ALC. ¡Ay!

NORA ¡Eh!

BEN. No, son los soldados que vuelven.

ALC. Mira; haz el favor de no gastar esas bromas.

BEN. ¡Ellos son!

NORA Ya están aquí.

ALC. ¡Vamos, esto es otra cosa! Cuanta más gente, á menos miedo tocamos.

ESCENA III

DICHOS, CELIA, DON LOPE y SOLDADOS por la izquierda.

LOPE ¡No tembleis, buenas gentes! Aprended de Celia, que ha sido la primera que ha penetrado con nosotros en las oscuras galerías y en el subterráneo.

NORA Ahí, ahí es donde he perdido yo el poco valor que me quedaba. Yo que chillo como una loca al ver un ratón he tenido que separar con la mano los murciélagos y las lechuzas que me comían. Sólo de pensarlo me tiemblan las carnes.

BEN. (A Celia.) ¡Y tú que parecías tan para poco, ahora salimos conque eres una heroina!

CELIA ¿Sabeis que si llegarais como pretendeis á ser mi marido, tendría yo una gran defensa en vuestro valor?

LOPE ¡Ah! ¿Ese mozo pretende casarse con vos?

ALC. Eso será si dejo de ser yo su prometido.

LOPE ¿También el señor Alcalde os quiere por esposa?

ALC. No creo que os haya dado el rey vela para este entierro. (Con muy mal modo.)

LOPE No quise ofenderos. Pero no me negareis que un hombre cobarde no es muy bueno para marido.

BEN. ¡Pero si yo no soy cobarde! Echadme á la plaza con un novillo, y veremos quién le pone el primer rejonazo. Vengan á pares mozos de temple, y vereis cómo los despabilo: Ahora, andar buscando gente del otro mundo, ni tiene gracia ni lo manda la doctrina.

LOPE ¡Me parece que las pruebas de valor que tú hayas dado!...

BEN. ¿Yo? ¡Más de mil! La misma Celia, que tanto se burla de mí, tiene pruebas de ello, puesto que por mí vive.

LOPE ¡Cómo!

BEN. ¡Sí señor! Yo la he salvado de la muerte, exponiendo por ella mi pellejo.

CELIA ¡Es cierto!

LOPE ¡Perdonad entonces mi injusticia, buen mozo!

NORA Todo eso será muy bonito, pero no es del caso. Aquí nos habeis hecho venir á la fuerza. A mí me estarán echando ya de menos en el pueblo. A Celia la estará ya buscando por todas partes su tío Gaspar. Y en cuanto al señor Alcalde...

ALC. ¡Se habrán vendido ya sin mí todas las caballerías!

LOPE Todo eso es menos importante que lo que os voy á decir Sabeis, señor Alcalde, que si me quejara al rey de cómo cumplís vuestro cargo, ¿podría enviaros á remar á sus galeras?

ALC. ¿A mí? ¿Pues yo, qué tengo que ver con vuestros asuntos?

LOPE ¡Más de lo que creeis! Y si yo os pidiera cuenta del modo que teneis de velar por el castillo de Carrión... ¿qué es lo que contestaríais?

ALC. Muy sencillo. Que el Alcalde, mi predece-

sor, no me dió instrucciones de mayordomo acerca de él Que le encontré desmantelado al nombrarme Alcalde la Chancillería, y que hecho escombros se quedará y en paz y jugando.

LOPE ¿Y si yo os le reclamara?

ALC. ¿Y quién sois vos para hacerlo?

LOPE Quien puede haceros temblar con sólo una palabra.

ALC. Pues no la digais entonces, porque para temblores, ya tengo yo bastante con los míos.

CELIA ¿Tanto miedo tiene mi futuro esposo?

ALC. Pero si yo me atrevo contigo, ¿para qué necesito ser más valiente?

LOPE Ese matrimonio es un absurdo.

BEN. ¡Eso digo yo! Pero como es empeño de Gaspar, y el señor Alcalde dice á todo... *amén*...

ALC. Yo no digo *amén* sino después del Padre nuestro. Y aquí no hemos venido á hablar de mi boda. A lo que estamos, tuerta Ya estará convencido usiría, después de su rebusca de fantasmas, de que no hay nada en el castillo; creo, pues, que ya podemos dar la vuelta á casita.

LOPE Os equivocais. Convencido de que no había tales séres del otro mundo, estaba yo antes de entrar aquí; pero creo que puede haber malhechores y criminales, que tomando ese pretexto, se introduzcan aquí para lograr sus fines, y eso es lo que conviene averiguar.

BEN. ¡Oh! ¡Si fueran de carne y hueso, ya nos veríamos las caras!

NORA ¿De modo que ya está registrado todo el edificio?

LOPE No. Aún falta la gran armería.

BEN. ¿Y dónde está eso?

LOPE Aquí (Señalando á los tapices del foro.)

ALC. Pues entrad vos y enteradnos de lo que ocurra.

LOPE Desde aquí lo veremos todo.

BEN. ¿Y cómo?

LOPE ¡De esta manera! (Toca el resorte y descorren los tapices.)

TODOS ¡Ay! (Se ve la Armería á media luz.)
BEN. ¡Que se mueven los tapices solos!
NORA ¡Los fantasmas!
BEN. ¡Más monos!
ALC. ¿Qué tíos son esos? ¡No ganamos para sustos!
LOPE ¡Vedlas bien! Esas son las armaduras de todos los ilustres antepasados de los condes de Carrión.

Música

I

LOPE

Los guerreros son
de otro tiempo y de otra edad,
que en guerras y torneos
lidiando bien ganaron mil trofeos
con gran valor y lealtad.
Sin la falanje musulmana,
por ellos libre España fué,
y al luchar y al reñir con fe,
gloriosa fué la cruz cristiana.
Fué el honor su virtud sin par,
y así vivían orgullosos,
dispuestos todos á luchar
por su nación y por su altar.

—

CORO

¡Esos son los que con su fe y valor
lidiaron sin volverse atrás jamás!
Esos son los que con su pecho fiel
fueron la luz de la nación.
¡Esos son
los nobles condes de Carrión!

II

LOPE

Tras esos cuatro torreones,
dispuestos siempre á combatir,
y al luchar y al saber morir,
de hierro son sus corazones.
Fué el honor su terrible ley,

y fieles siempre á sus mandatos
luchaban siempre con su grey
por su nación y por su rey.

—

CORO — Esos son los que con fe y valor, etc.
(Se cierra la Armería.)

Hablado

LOPE — Ya veis, amigos míos, que no hay rastro en ninguna parte de semejantes aparecidos. Quizá seamos nosotros los primeros que han penetrado en este recinto desde hace treinta años.

ALC. — Estamos conformes y á casa.

NORA — ¡Estas velas se han encendido hace pocos días! (Señalando á la de los candelabros.)

BEN. — Efectivamente; están blandas y tienen el pábilo tierno.

CELIA — Mirad, señor capitán. Esta mesa tiene señales de haberla limpiado el polvo no hace mucho tiempo.

ALC. — Hombre. ¡Qué fantasmas tan limpitos!

NORA — Mirad, mirad. Esa puerta tiene la llave en la cerradura. (Señalando á la puerta pequeña de la izquierda.)

CELIA — Y en esa habitación no hemos entrado.

BEN. — ¡Ahí están!

ALC. / NORA — ¡Eh! ¿Quién? (Aterrados.)

BEN. — Digo que ahí están sin duda encerrados los que buscamos.

LOPE — Lo veremos. (Entrando.)

ALC. — Lo van á dar un linternazo que lo van á dividir.

NORA — La llave corre muy bien. No parece que está mohosa!

CELIA — Y le hemos dejado entrar solo.

NORA — Pues no estás tú muy valiente que digamos.

UNOS — ¿Qué ocurre?

OTROS — ¿Qué hay?

LOPE — Ved. (Saliendo con un gran lienzo blanco y un legajo de papeles en la mano.)

BEN. ¿Qué es eso?

LOPE Un sudario.

NORA ¡Un sudario!

ALC. Sí; como si dijéramos, una mortaja. ¡Ya pareció el peine! Es decir, el muerto.

LOPE Este es sin duda el traje conque algún bribón se viste para aterrar á las gentes sencillas.

CELIA Bien puede ser.

NORA ¿Huele á algo?

ALC. ¿Y esa otra cosa que tenéis en la mano?

LOPE Esto es sin duda más importante. Un legajo pequeño que estaba encima de un escritorio.

ALC. ¿Hablaba ucé de mi pleito? Aquí traigo los papeles.

LOPE Abridle, señor Alcalde, mientras yo vuelvo á dejar este lienzo en su sitio, para que no sospechen que hemos andado con él. (Se vuelve al cuarto.)

CELIA
NORA
BEN. } Sí, veamos.

ALC. ¡Empeñado este hombre en que yo he de entender de letra!

LOPE (Saliendo.) ¿Qué hay?

ALC. Sellos por arriba, sellos por abajo. ¡Cuánto más fácil es entenderse de palabra que no andar con estos garrapatos para decir las cosas! ¿Por dónde se leerá esto? ¿Por detrás ó por delante?

NORA Me parece que el señor Alcalde no se entera gran cosa.

ALC. Estas pequeñeces correrán á cargo de mi mujer. Futura mía, enteradme de esos expedientes.

CELIA Con vuestro permiso.

LOPE Leed.

CELIA (Leyendo.) «En la ciudad de León...» Es una partida de bautismo.

ALC. ¿Si tendrán los muertos ahí dentro la oficina?

LOPE Callad.

CELIA «Bauticé secretamente á una niña, hija de

la muy noble señora doña Beatriz de Noroña...

LOPE (¡Qué oigo!)

CELIA «Y del duque de Uceda, muerto recientemente en la retirada de Orvietto.»

LOPE Seguid.

NORÁ ¿Y á nosotros qué nos importa todo eso?

BEN. Silencio.

CELIA «Abuelos paternos.»

LOPE Pasad adelante.

CELIA «Maternos: El proscripto conde de Carrión.»

TODOS ¡Ah!

ALC. De modo que esa partida de bautismo es de la nieta del conde; la heredera de ese título y la propietaria de este castillo.

NORA ¿Dónde está esa muchacha?

CELIA «La puse por nombre Elvira, Leonor, Augusta.»

NORA Echa, echa. Como si no tuviera bastante con uno.

CELIA «Y nació el diez y siete de Enero de mil seiscientos setenta y uno »

NORA ¡Calla! ¡Ocho días antes de haberme encontrado Gaspar á la puerta de la iglesia.

LOPE ¡Coincidencia extraña!

NORA ¿Y esa niña nació en León?

CELIA Así dice.

LOPE Leed otros papeles.

CELIA Aquí hay un pliego, y en el sobre dice: «A nuestro fiel Gaspar.» (Durante esta escena, los soldados permanecen alejados en el foro.)

TODOS ¡A Gaspar!

NORA Yo no sé lo que tengo.

LOPE ¡Seguid! ¡Abridle y leed!

CELIA (Leyendo.) «A ti, nuestro leal servidor, te confío el porvenir de nuestra casa, y la única esperanza de mi corazón. Oculta y con nombre ignorado he venido á buscarte desde Holanda, cumpliendo el deseo de mi esposo, que sin poder publicar nuestro matrimonio ha muerto en el ejército de Flandes; mi estado me ha impedido pasar de León, donde el día diez y siete nació mi hija, último vástago de nuestra raza, y única heredera

de los títulos y bienes de los condes de Carrión, pues mi hermano menor, Lope, á quien llevo diez años, desapareció hace muchos, sin que hayamos vuelto á saber de él. Dios no permite que yo misma vaya á confiarte mi hija, y próxima á abandonar la vida la entrego á una persona segura, que llegará á ese pueblo el día veintitres por la noche.

NORA ¿La noche del veintitrés de Enero? Y Gaspar corrió la voz de que me había encontrado en el pórtico de la iglesia.

LOPE ¡Cómo! ¿te figuras?...

NORA Pues digo. Las señas no pueden ser más mortales.

CELIA (Sigue leyendo.) «Oculta su nombre á todo el mundo: vela por ella; sigue siendo el depositario de este secreto, sin que ni ella misma sospeche su origen: y si en quince años no tienes noticias mías ni de mi hermano, ruega á Dios por ambos, y te bendeciremos desde el cielo, por haber sido la providencia del único ser que queda en el mundo de tus antiguos señores.»

NORA Y ese ser soy yo. A ver cómo me llamo; que ya no me acuerdo.

CELIA
BEN.
ALC. ¡Ella!

LOPE Sin duda. ¿Pero cómo se explica entonces que Gaspar no te tenga á su lado?

ALC. Porque se ha escapado ella de su casa, no queriendo sufrir sus malos tratamientos.

NORA Como ha visto que han trascurrido diez y nueve años, y que nadie se ha presentado á reclamarme, se ha guardado mis papeles y me desprecia. ¡A mí! ¡A su ama! ¡A la vuestra! ¡Al ama de todo el mundo! ¡A la!...

LOPE Silencio. (Es particular. Pero entonces, esa Celia á quien Gaspar llama su sobrina; ¿lo será en efecto?)

NORA Bien me lo decía mi corazón. Soy rica. Soy poderosa. Soy noble.

ALC. ¡No grites, muchacha!

NORA ¿Cómo muchacha? ¿Yo muchacha? ¿A ver? Soldados. ¡Veníd á protejer á la condesa de Carrión!

TODOS ¡La condesa de Carrión!

LOPE (¡Parece imposible!)

Música

CORO ¡Esta es la condesa de Carrión,
qué casualidad,
qué combinación!
¡Vaya su imprevisto fortunón,
qué felicidad!
¡qué honor!
¡De la noche á la mañana
tan mísera aldeana
convertirse en señorona
de rondón!
Ya se advierte en su persona
un aire de amazona,
que demuestra á no dudar,
lo bien, lo bien que va á mandar.

I

NORA Con catorce ó quince trajes
y ochocientos veinte pajes
en derredor.

CORO ¡Cuánto señor!

NORA En carrozas de recreo
guardaránme en el paseo
siempre detrás.

CORO ¡Tú volcarás!

—

NORA Y siempre así
se me verá,
mirando aquí,
mirando allá,
y en la procesión
vendrá tras mí
la población
haciendo así.
Vendrán haciendo así.
(Saludando con mucho respeto.)

—

CORO Irán haciendo así.

—

NORA Y con mi grey,
con un tren real,
iré yo al rey
á visitar,
y allí al entrar
yo le diré,
mirad mi faz,
mirad mi pie.

—

CORO Y con su grey,
con un tren real,
ira ella al rey
á visitar;
y alli al entrar
dirá tal vez,
mirad mi faz,
mirad mi pie.

II

NORA A los nobles cortesanos,
les daré á besar mis manos
en un salón.
CORO ¡Qué diversión!
NORA Y al mirar mis largos guantes
y mis perlas y brillantes,
me admirarán.
CORO ¡La silbarán!

—

NORA Y haciendo así
mi cola irá,
en pos de mí
por la ciudad,
y al verla yo
seré feliz,
diciendo, ¿quién
me tose á mi?
No hay quien me tosa á mí.

—

CORO — No hay quien te tosa á tí.

—

NORA — No hay duda, no,
bien claro está;
ninguno á mí
se atreverá;
y si hace tal,
yo le daré
un bofetón
ó un puntapié.

—

CORO — No hay duda, no,
bien claro está;
al pueblo así
reventará:
y algún audaz
tal vez la dé
un bofetón
ó puntapié.

Hablado

NORA — ¡Ya lo decía yo desde hace mucho tiempo! ¡Soy una condesa! ¡Si mi aire distinguido lo estaba diciendo!

LOPE — No olvidéis, sin embargo, que si vuestro tío, si el hijo menor del conde, llegara á parecer...

NORA — ¿Mi tío? ¿Y yo qué tengo que ver con ese tío?

BEN. — A él le corresponderían el título y la herencia.

NORA — ¡Pleitearíamos! ¿No es verdad, Benito?

BEN. — (Bárbaro de mí, que he dejado á ésta por creer más rica á la otra! ¡Y ahora salimos conque quizá á estas horas sería yo conde.)

LOPE — Además, ¿quién asegura que seais vos la misma niña que entregaron á Gaspar?

NORA — ¡Yo lo aseguro, y basta! Y si no, á ver: que venga Gaspar! ¡Que me traigan á Gaspar!

ALC. — ¡Y manda bien!

NORA — ¡Decid que le llama Nora! ¡Que es ya una señora!

ALC. ¡Y que el demonio que la aguante ahora!

BEN. ¡Dice muy bien!

LOPE Permitid Ya ventilaremos ese asunto mañana. Mientras, llevemos á cabo el plan que aquí nos ha traído: subid vosotros sin luz á la plataforma (A algunos soldados.) y avisad en cuanto veais que se acerca alguien al foso.

NORA ¡Yo no quiero seguir aquí! Yo mando en mi casa, y os toca á todos obedecerme.

ALC. Sin duda. Pero el señor capitán, con su orden del rey, ha decidido que esta noche la dediquemos á los fantasmas, y mañana dedicaremos el día á los fantasmones.

NORA ¿Qué queréis decir?

ALC. ¡Que sólo sois condesa interinamente! Y que si el hijo del conde parece, estais muy expuesta á tener que volver á la compra!

NORA (¡Pero qué atrevida es toda esta gente ordinaria!)

LOPE ¡Basta ya! Vosotros bajad al subterráneo. (A los otros soldados.) y colocaos cerca del portillo por si quiere alguien penetrar por él. Llevaos al señor Alcalde y á Benito. Nosotros tres permaneceremos en esta sala.

ALC. No me gusta el reparto, ¿No sería mejor que os fuerais con vuestros soldados y me dejarais á mí con las señoras?

BEN. Lo mismo digo.

LOPE ¿Tenéis miedo por ventura?

ALC. ¡Por ventura no, por desgracia! Y... no es miedo precisamente

NORA ¡Pero si os están temblando las piernas!

ALC. Las piernas no tienen nada que ver conmigo. Ellas tiemblan por abajo, y yo soy valiente por arriba.

LOPE ¡Obedeced!

ALC. Pero... ¿qué vamos á hacer en el subterráneo?

BEN. Paciencia, señor Alcalde, y vamos andando.

SOLD. ¡Marchemos!

ALC. (Cuando yo me vea en el campo... ¡qué carrera voy á dar!)

BEN. (¡Y pensar que he equivocado el negocio!)

ALC. ¡Llevadme en medio, que soy la autoridad!

(¡Ay, qué miedo me hacen pasar estas gentes!)

BEN. (Pues yo no renuncio.) (Vanse por la izquierda con los Soldados.)

ESCENA IV

CELIA, NORA, DON LOPE

CELIA Admitid mi enhorabuena.

NORA Ya veis cómo tenía yo razón, aun siendo vos verdaderamente sobrina de Gaspar, para no quererme quedar en su casa al servicio vuestro.

LOPE Ahora, amigas mías, comprendereis que era de importancia suma que Gaspar ignorase mi venida.

NORA Pero, ¿y quién sois vos para tomaros tanto interés en los asuntos de mi familia y de mi casa?

LOPE Ya lo sabréis más tarde. Mientras, retiraos ambas á esa habitación.

NORA ¡Cómo! ¿Solas?

LOPE Es un cuarto pequeño sin salida; puede quedarse abierto y con luz dentro para que nada temais.

NORA Francamente, mejor estaríamos á vuestro lado.

LOPE Si esos pretendidos fantasmas son algunos malhechores que han tomado el castillo para el archivo de sus rapiñas, es mejor que no presenciéis la lucha.

NORA Ciertamente.

CELIA Pero... ¿podéis correr algún peligro?

LOPE Nada temais por mí, bella niña. Entrad, Nora, que Celia os sigue.

NORA ¿Podré examinar despacio mi partida de bautismo y los demás papeles de ese legajo?

LOPE Cuanto gusteis.

NORA (¡Ay! ¡Qué gana tengo de que me den el tratamiento!) ¿Venís? (Entran en el cuartito de la izquierda con el legajo.)

LOPE Al punto. (Vase Nora.) Celia, permitidme un momento.

ESCENA V

CELIA, DON LOPE

CELIA Señor.

LOPE Siento á vuestro lado una emoción tan extraña y es tal el interés que me inspira el misterio que os rodea, que necesito haceros varias preguntas (Con rapidez.)

CELIA Decid lo que querais, señor capitán, y permitidme que os agradezca sorprendida vuestras afectuosas palabras. ¡He oído tan pocas frases de cariño en mi vida!...

LOPE Cuando os sorprendí ayer huyendo de ese aldeano que pretendía abrazaros, me disteis ambos á entender que tenía algún derecho para haceros su esposa.

CELIA Es cierto.

LOPE ¿Cómo entonces se explica que os llame el Alcalde su prometida?

CELIA Quizá no os habréis fijado en ello, aunque lo hayais oído. Al irme á buscar Gaspar á mi convento, y aunque yo no le había visto jamás, me habló de haberme destinado para esposa de ese hombre.

LOPE ¿Y vuestro corazón eligió, en cambio, á ese aldeano por esposo vuestro?

CELIA Mi corazón... no ha sentido el amor todavía. Aterrada ante la idea de ser esposa de un anciano ridículo, quise acabar con mi vida, y al salvarme Benito de la muerte juré ser del que me había salvado cuando aún me tenía entre sus brazos.

LOPE ¿Y cómo os salvó la vida?

CELIA Sacándome del Pisuerga, cuyas aguas me arrastraban ya desmayada.

LOPE ¿Cuándo? ¿Cómo?

CELIA Hace dos meses.

LOPE ¿Cerca de Valladolid?

CELIA A la primera jornada.

LOPE ¿Era de noche?

CELIA ¿Cómo lo sabéis?

LOPE Me lo figuro. ¿Y decís que fué Benito el que os salvó la vida?

CELIA Cuando volví de mi desmayo me hallaba entre sus brazos, y él fué el que me entregó á Gaspar, que me andaba buscando por la orilla del río.

LOPE (¡Era ella! ¡Bien me lo decía mi corazón!) ¿Y á pesar de vuestro juramento no amais á ese hombre?

CELIA En vano me esfuerzo por conseguir que mi gratitud se llame amor.

LOPE Haceis muy bien.

CELIA ¿Por qué me lo decís?

LOPE ¿Quereis saberlo?

CELIA Con toda mi alma.

LOPE Con la mía os respondo.

Música

LOPE La voz del corazón os aconseja,
y no debeis jamás tenerle amor.

CELIA Jamás al escuchar su amante queja
le oí sin temor.
Y no sé
por qué siento en mí
tan cruel rigor.

A dúo

LOPE (Su acento me llega al alma
y descubrirme es lo mejor.)

CELIA (Su acento me llega al alma
y no escucharle es lo mejor.)

—

CELIA Yo no sé lo que siento en mí.

LOPE Yo te amé desde que te vi.

A dúo

CELIA (Su acento embarga mis sentidos,
sus frases turban mi razón.)

LOPE (Mi acento llega á sus oídos
y late ya su corazón.

—

CELIA ¡Ah! Yo no debo dar oídos
de un caballero á tal pasión.
LOPE Escucha, Celia, los latidos
que da por ti mi corazón.

I

CELIA En los labios de un caballero
las lisonjas no son amor;
vos no sentís
lo que decís,
y no oiros es lo mejor.
Dejadme ya,
que, á la verdad,
¿quién soy yo para tal señor?
Tres amantes para una niña
me parece que muchos son;
y yo entiendo muy mal de cuentas,
ó en la cuenta me sobran dos.
Aunque en amor
yo sé muy bien
que lo mejor
es el desdén.
Si vuestro afán
escucho yo,
es natural que con tal querer
yo no pueda venturosa ser.

II

LOPE En mi pecho por vez primera
al mirarte, vive el amor:
puro será,
mírame ya,
no me mates con tu rigor.
¡Por Dios! ¡Mi bien!
no más desdén,
que adorarte prometo yo.
Si tres hombres amor te juran
de seguro te mienten dos.
Sé tú el ángel de mis amores
y ya verás si te amo yo.
No dudes, no,
gentil mujer

de la verdad
de mi querer.
Si ignoras tú
lo que es sentir,
oye mi ruego y tú verás
que no hay hombre que te adore más.

A duo

CELIA	LOPE
Aunque en amor	No dudes, no,
yo sé muy bien...	gentil mujer,
etc.	etc.
Callad, callad,	Jamás, jamás,
callad, callad,	jamás, jamás
que oiros yo no debo.	amé como te adoro,
Piedad, piedad,	no dudes más
no más, no más	que tú serás
que el alma es vuestra ya.	mi eterno y dulce afán.

ESCENA VI

DICHOS, SOLDADOS que bajan por la escalera de la derecha

Hablado

SOLD. 1.º ¡Capitán!
LOPE ¿Qué ocurre?
SOLD. 1.º Acabamos de ver á un hombre acercarse al foso con intención de entrar por el portillo del subterráneo.
LOPE (¡Ellos son sin duda!) Todo el mundo aquí.

ESCENA VII

DICHOS, NORA saliendo por la puertecita de la izquierda

NORA ¿Sucede algo?
LOPE Nada temais á mi lado. (¡Celia, qué dichoso soy!)
CELIA (¡Será un sueño lo que me sucede!)

NORA — Allí hay una porción de escrituras y títulos de fincas. Es preciso averiguar...

LOPE — Después, Nora, después. (Ardo en impaciencia.)

ESCENA VIII

DICHOS, ALCALDE, BENITO y SOLDADOS por la galería de la izquierda

BEN. — ¡Yo también la he visto!

LOPE — ¿El qué?

ALC. — Una sombra que se arrastra por el foso en dirección al subterráneo.

LOPE — No hay que temblar.

ALC. — Claro que no hay que temblar, sino que este hombre es de lo más cobarde que se conoce.

BEN. — ¡Como nunca he tenido que tratar con sombras!...

LOPE — Apagad todas las luces menos una antorcha, que nos servirá para entrar todos en la Armería.

NORA — Todos juntos, ¿eh? Eso ya me infunde valor.

LOPE — (A Celia.) (Vos no os apartéis de mi lado ni un momento.)

CELIA — (¡Tiemblo á pesar mío!)

NORA — Y yo... ¡Condesa y todo!

LOPE — ¡Ah! ¡Una idea! Para que podamos espiar hasta sus menores movimientos de cerca, detrás de esas dos armaduras pueden esconderse dos hombres.

ALC. — Muy bien pensado.

BEN. — Perfectamente.

LOPE — Y puesto que tan bien os parece, vosotros dos seréis los que se escondan detrás de ellas.

ALC. } BEN. } ¡Eh!

LOPE — Quizá vuestro miedo os evitará cometer una imprudencia, que mis soldados no podrían...

ALC. — ¡Yo no me escondo allí!

BEN. — ¡Ni yo tampoco!

LOPE ¡El tiempo vuela! Obedeced ú os hago agarrotar por dentro de las armaduras.

ALC. ¡Pero este hombre quiere matarnos!

BEN. Nos vamos á ahogar.

LOPE ¡Pronto! Esta armadura tiene una maza y esta otra una espada; con ella podréis defenderos en caso necesario.

ALC. } ¡Que no! ¡Que no!
BEN. }

LOPE ¿Quién ha de adivinar ahí nuestra presencia? ¡Pronto! Metedlos de grado ó fuerza. (A los soldados.)

ALC. } ¡Ay, Dios mío de mi alma! (Los colocan detrás
BEN. } de las armaduras.)

Música

CELIA } Sin hacer ningún movimiento
LOPE } esperad el rudo momento
NORA }
y la ocasión,
con precaución,
viendo desde ahí el fin de la función

—

Sorprender es muy necesario
cuanto intenten de extraordinario:
gran precaución,
mucha atención
y descubriremos su intención,
¡chitón!

—

BEN. } ¡Qué va á ser aquí de los dos!
ALC. } ¡qué horror! ¡qué terror! ¡qué temblor!
Si salimos con vida
de esta armadura
que está tan dura...

CELIA }
NORA } ¡Resolución!
LOPE }

BEN. } Antes que verme en otra
ALC. } seré cartujo
ó brujo.
¡Ay! qué terror tan grande

que me está dando;
Yo estoy temblando.

CELIA, NORA, LOPE
No hay que temblar.
A entrar en el castillo
por el rastrillo
van ya.

BEN., ALC.
A entrar por el rastrillo
van ya.
¡Ah!

CELIA, NORA, LOPE
A entrar por el rastrillo
van ya.
¡Ah!

(Al terminar el quinteto, quedan Benito y el Alcalde escondidos cada uno en una armadura.)

Hablado

LOPE ¡Marchemos nosotros!

SOLD. 1.º (Desde la puerta de la galería.) Un hombre acaba de atravesar la galería.

ALC. ¡Otra sombra!

LOPE ¡A la sala de armas!

BEN. Que tengo miedo.

ALC. ¡Que no las tengo tengo todas conmigo!

BEN. ¡¡Que no quiero estar á obscuras!!

ALC. ¡¡Que no os vayais muy lejos!!

LOPE ¡Se oyen pasos! ¡¡Silencio!! (Entra con todos en la Armería, dejando en las armaduras á Benito y el Alcalde.)

ESCENA IX

GASPAR, BENITO y el ALCALDE, en las armaduras; los demás detrás de los tapices. Pausa, durante la cual, permanece sola y á oscuras la escena. Música pianísimo en la orquesta, que ha continuado desde el quinteto. A los pocos momentos entra Gaspar examinando cuidadosamente la escena con una linterna sorda en la mano y cubierto con una gran capa negra

GAS. Qué extraña emoción experimento esta noche; á no estar seguro de mi valor, diría que tengo miedo.

BEN. (¡Si yo me atreviera á mirar por la rejilla!)

ALC. (¡Lo menos tiene seis varas de alto!)

GAS. ¿Qué es eso? ¿Vas tú también á temer á los fantasmas que tú mismo has inventado? Asegurémonos ante todo como siempre del terror de cualquier curioso que pueda observar desde lejos el castillo. (Se quita la capa, que deja sobre el sillón. Coloca en la mesa dos sacos pequeños y entra en la habitación de la izquierda.)

BEN. (¡Es Gaspar!)

ALC. (¡No me engaño! ¡Gaspar es! ¿Qué viene á hacer aquí?)

BEN. (¿Qué ha dejado sobre la mesa?)

ALC. (¿Qué sacos serán esos?)

BEN. (¡Ya está aquí otra vez!)

GAS. (Saliendo del cuarto y llevando en el brazo el sudario que sacó don Lope.) Encendamos primero estas luces que tanto asustan desde lejos á los imbéciles. (Enciende las velas de los candelabros.)

BEN. (¡Muchas gracias por la parte que me toca!)

ALC. (¡Ya te daré yo los motes!)

GAS. Eso es. ¡Ahora el mundo es mío! (Se dirige á la mesa, abre los saquitos y vierte el dinero de que están llenos sobre ella.) Llevemos á cabo mi operación de todos los meses!

BEN. (¡Ah, tunante! ¡Y se hace pasar por pobre!)

GAS. Mi misión está para concluir. Las noticias que aguardo decidirán de mi vida, y entreteniendo unos días más con la esperanza de casarse con Celia al estúpido del Alcalde...

ALC. (¡Muchas gracias!)

GAS. No pensará en acudir á la Chancillería para que derriben el castillo. ¡Esa sería mi desesperación! ¿Dónde ocultar entonces mi tesoro? ¿Dónde guardar esos papeles que, durante tantos años he podido reunir á fuerza de desvelos y fingimiento? ¡Adelante, Gaspar! ¡La jugada es tuya! Nadie sabe lo que eres, ni lo que pretendes. Avaro, cruel, intratable para todos, el terror y la aversión que inspiras es tu mejor escudo. ¡Improba y ardua es la tarea! ¡Pero quien tanto ha sufrido para llegar hasta hoy, no debe retroceder al al fin de la jornada! Duerme el pueblo entero lejos de mí, y yo estoy, como siempre,

libre y solo para llevar á cabo mi pensamiento! Acabemos. (Se acerca á la pared de la derecha, toca á un resorte y se abre un hueco, dentro del cual se ven muchos talegos colocados ordenadamente sobre varias tablas.)

BEN. (¿Qué hace?)

ALC. (¡Se abre la pared!)

GAS. ¡Todo está aquí!

ALC. (¡Bonito armario para tomar las once!)

GAS En este saco vacío, que es mayor, verteré los pequeños. ¡Qué pocos hombres dejarían de sentir vértigos al sonido de este oro! ¡Si el pueblo me viese en este instante, quizá se conmovería más que si oyera esas tradicionales campanas de Carrión, que sólo han de sonar, según el vulgo, cuando un nuevo conde vuelva á sus dominios. ¡Dios sólo sabe si moriré yo sin haberlas oído!

Música

GAS.

De la riqueza
el brillo sin par
aquí escondido
por siempre está.
Y á mi capricho
de tal tesoro
arroyos de oro
por mí correrán.

—

BEN. }
ALC. } ¡Oh! Qué truhán!

—

GAS.

Yo sin cesar
por llegar
á obtener
tesoro tal
daré mi ser.
Si alcanzo el fin
que ambicioné,
ya venturoso
morir podré.

—

BEN.
ALC. } (¡Qué alhacenita tan cabal!
¡No me vendría á mí muy mal.)

—

GAS. Por el fin que quiero alcanzar
treinta años tuve que luchar.
Yo no dormí
ni descansé.
Siempre hubo en mí eterna fe
y así mi plan realizaré.

—

BEN.
ALC. } (En la prisión te lo diré.)

A tres.

GASPAR

El pueblo ya
me teme á mí
y en libertad
me deja así,
causando en él
tenaz horror,
burlarme sé
de su terror.
Ya que la alegría
á mi pecho das,
por un sólo día
vive donde estás.

ALCALDE y BENITO

Mañana tú
sin remisión
por siempre irás
á una prisión,
y llegarás
fantasma á ser
con no dormir,
con no comer.
Y ya que has tenido
tan mal corazón
vete preparando
á la expiación.

(En este momento suena la campana grande del castillo.)

GAS. ¿Qué escucho? ¡Maldición!
¡¡Horrible realidad!!
¡¡Sonido aterrador!!
¡¡Mi muerte es cierta ya!!
¿Quién va?

(En este momento se descorren los tapices del foro y aparece la armería iluminada. Don Lope y el Coro, con las armaduras puestas y las espadas desenvaina-

das, avanzan amenazadores hacia Gaspar, que retrocede aterrado. Benito y el Alcalde salen de detrás de las armaduras.)

LOPE / CORO } Aquí están los que con fe y valor
lidiarán sin volverse atrás
¡jamás!
Aquí están los que con su espada fiel
fueron la luz de la nación.
¡Estos son
los nobles condes de Carrión!

—

GAS. ¡Maldición!

—

TODOS Mal servidor,
vil, sin honor,
¿por qué te aterra nuestra vista?
Sin remisión
cuenta darás
á la justicia
de tu maldad.
No haya para tí
por tu maldad
nunca piedad.

LOPE (A Nora.) (Al traidor
hay que castigar:
ese romance
vuelve á cantar.)

NORA Tocad, tocad
con grato repicar.
¡Oid
el son de las campanas
sin cesar!

—

(Vuelven á sonar las campanas.)

NORA Toca, toca, toca,
en alegre son.
Tan, tilín, tilintín,
tan, tilín, tilón.

Toca, toca, toca,
en alegre son,
que al feudal castillo
torna su señor.

TODOS Toca, toca, toca...
etc , etc.

(Todos amenazan á Gaspar, que canta alegremente dando muestras de haber perdido la razón, hasta que cae al suelo desplomado. Todos le rodean. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa otra vista del pueblo de Carrión. Gran plaza con árboles y bancos. A la izquierda en primer término, la casa de Gaspar de humilde apariencia y con un emparrado sobre la puerta y ventana baja.

ESCENA PRIMERA

JUANA. MOZAS y MOZOS, cantando y bailando.

Al levantarse el telón, todo el mundo ríe y salta, y este cuadro animado debe continuar algunos instantes; después se ve aparecer á Gaspar en la puerta de su casa. Mira á todos con temor, y luego se determina á atravesar la escena para irse por la derecha. En cuanto le ven, los mozos y mozas suspenden el baile y las risas, no ocupándose mas que de Gaspar.

Música

MOZOS Y MOZAS ¡Basta! ¡basta ¡no más bailar!
Ved al loco como nos mira.
Miedo infunde su torva faz;
es lo mejor dejarle en paz.

—

(Ahí está;
mira aquí:
¿no le veis
sonreir?...

Como ayer
sale ya,
hay que ver
dónde va.)

—

GASPAR

Pasa un día y otro día
y no alumbra el sol del cielo,
en mi hogar no hay alegría
y en la tierra no hay consuelo.
Y es que en vano espero ya
mi ventura que se va:
siempre en derredor la busco aquí
y no está.

—

CORO

(Yo no sé
qué dirá,
da terror
su mirar;
no ve al fin,
ni oye ya;
bien se ve,
loco está.)

—

GASPAR

Vuelven ya de la batalla
los guerreros del castillo,
de su casco y de su malla
á lo lejos se ve el brillo.
Recibirlos debo ya
que me esperan con afán.
Siempre en derredor los busco aquí
y no están.

(Vase despacio Gaspar por el foro derecha.)

—

CORO

Busca aquí
no sé qué,
¿qué será?
No lo sé.
Como ayer
hoy se va...
ya se fué,
¿dónde irá?

ESCENA II

DICHOS menos GASPAR

Hablado

JUANA — No hay más, se marchó.

MOZO 1.º — ¿No sería mejor seguirle para ver lo que hace?

JUANA — Yo ya lo sé.

TODOS — ¿Tú?

JUANA — Claro. Gertrudis y yo le hemos seguido de lejos dos mañanas y le hemos visto llegar al foso del castillo, alzar los ojos al cielo, sentarse en la piedra más alta del barranco y estarse horas y horas contemplando la torre de las campanas.

MOZO — Y ¿no ha entrado dentro?

JUANA — Aunque quisiera no hubiera podido. Desde que hace seis noches despertó á todo el pueblo el repiqueteo, los soldados no dejan penetrar á nadie.

MOZO — ¿Y quién es ese capitán á quien esperan?

JUANA — El mismo que partió aquella madrugada á Valladolid, llevando, según dijo, dos caballos de repuesto para reventarlos en el camino si era preciso.

MOZO — Pues en seis días que hace que se marchó, ya podía haber dado la vuelta á España.

JUANA — Aquí pasan unas cosas muy raras. Gaspar, loco; Nora, Condesa; Celia, cuidando de su tío y pasando todas las tardes clavada en la cruz del camino de Valladolid, como si esperara á alguien; Benito sin parecer por casa de Celia, y el Alcalde medio atontado desde aquella noche.

MOZO — Ese lo estaba antes y no hay que extrañarlo.

JUANA — Pero dicen que ya no se casa con Celia.

MOZO — Ni Benito tampoco,

JUANA — ¡Callad! ¡El Alcalde!

MOZO — Es verdad. A ver si le haces hablar y sabemos algo.

JUANA — ¡Está distraído!

MOZO — Buenos días, señor Alcalde.

ESCENA III

DICHOS y el ALCALDE por el foro izquierda.

ALC. ¡Eh! ¿Quién va? (Saliendo de su distracción.)

JUANA ¡Si somos nosotros!

ALC. ¡Ah!.. ¡Cierto... no os había conocido!

JUANA (¿Lo veis? Tonto de remate.) (A todos.)

ALC. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué habéis venido?

JUANA ¡Toma! Como es el último día de feria, á echar el resto cantando y bailando.

ALC. ¡Bien! ¡bien! (Desde que estuve detrás de aquella maldita armadura, se me figura que todos mis miembros son de acero. Verdad es que yo he tenido miedo muchas veces; pero como el miedo de la otra noche, no creí nunca que le hubiera en el mundo. Tampoco hoy ha venido, y hace ya seis días que se fué, y como durante su ausencia tengo que velar por tantas cosas, no sé por dónde empezar.) ¡Juanilla!

JUANA ¡Señor Alcalde!

ALC. ¿Has visto á Gaspar?

JUANA Hace un momento que ha salido de su casa como todos los días, hablando solo y dirigiéndose al castillo.

ALC. ¡Donde los centinelas no le dejarán entrar! (¡Claro! ¡Querrá dar una vuelta por el armario de las provisiones! ¡Ya está fresco!) ¿Y Celia? ¿No ha salido de su casa todavía? (Celia aparece en la puerta de la casa de Gaspar, y se queda pensativa sin reparar en los que hay en escena.)

JUANA Vedla: ahora sale.

ALC. ¡Pues .. media vuelta á la derecha!

JUANA ¡Ay! ¡Se ha vuelto militar el señor Alcalde!

ALC. Desde que estoy entre soldados soy yo muy guerrero. Haced el favor de marcharos á la Plaza de la Fuente.

JUANA ¡Si allí no hay nada que ver!

ALC. ¡Yo lo mando y basta! Desde allí se ve el camino de Valladolid. Id á ver si viene el capitán que esperamos. (Al oir nombrar al capitan, Celia alza la cabeza y ve al Alcalde.)

JUANA Pero, ¿quién es ese hombre?

ALC. A ti no te importa.

CELIA (¡Es el Alcalde! Si tendrá noticias...)

ALC. ¡Largo de aquí!

JUANA (¡Qué lástima! Cuando podíamos enterarnos de algo...)

MOZO ¡Vamos á correr y á saltar, que á nosotros nos lo han de dar todo cocido y amasado!

ALC. ¡Pronto!

JUANA ¡Siga la broma! (Vanse por el foro derecha.)

ESCENA IV

CELIA, el ALCALDE

ALC. ¡Gracias á Dios que estamos solos! ¿Qué hay de nuevo?

CELIA Eso os pregunto yo.

ALC. Nada, hija, nada. El capitán no ha vuelto. El registro que por su orden se hizo en el libro parroquial no ha dado resultado ninguno. La partida de bautismo de Nora no dice más sino que fué encontrada á la puerta de la iglesia por Gaspar, quien la puso por nombre Nicanora, que es hija de padres desconocidos y que fué su madrina la tía Coscogilla, la que vendía buñuelos y aguardiente en el rollo. Ni más ni menos.

CELIA Y del castillo, ¿qué hay?

ALC. ¿Qué hay? Que no hay nada. Con arreglo á la orden que dejó el capitán, siguen los soldados en guardia permanente. Los centinelas no dejan entrar á nadie, empezando por mí. El armario sigue cerrado con los talegos dentro. Las velas apagadas. Las armaduras en su sitio, las campanas sin tocar, y yo, cada vez que me acuerdo... con un cerote que no puedo vivir. Eso es lo que hay.

CELIA Pero si el capitán, al llevarse los documentos del legajo á la Chancillería, dijo que volvería cuanto antes, y en seis días no ha vuelto... ¿por qué no mandais un propio á León?

ALC. ¿Un propio? Lo propio es mandarlo que no

mandarlo. De aquí allá hay catorce ventorrillos, veinte tabernas y siete pueblos; á cuartillo de vino en cada parada, podemos calcular que llegaría á Valladolid el día del juicio por la tarde.

CELIA ¿Y Nora?

ALC. ¡Oh! ¡Esa está en grande. Como también por orden del capitán se le ha facilitado el guardarropa del castillo, todo se le vuelven plumas y cintajos. Tiene tal afición á arrastrar cola, que yo creo que un día se la va á poner en la cara y va á ir arrastrando las narices por todo el pueblo.

CELIA ¿Benito tampoco parece?

ALC. Ni ella le deja á él ni él la deja á ella. Dice ella que él va á ser su mayordomo, su escudero, su maestresala, y él dice que quiere amarla en silencio hasta el fin de sus días; y aquí tienes tú que, por fas ó por nefas, te has quedado soltera y sin novio, puesto que te has negado rotundamente á casarte conmigo, y Benito te ha vuelto rotundamente la espalda. Aquí todos somos muy rotundos.

CELIA Yo estoy muy bien así, y os agradezco que me dejeis sola cuidar de mi pobre tío, que desde aquella noche ha perdido la razón.

ALC. ¿Y qué tal te trata ahora?

CELIA Perfectamente. Me obedece como un niño en todo lo que le mando, y se echa á llorar como un chiquillo siempre que me ve triste.

ALC. ¡Hombre! ¡Qué demonio! Está visto que todos los bribones debían volverse locos para ser buenos. ¿Y sigue con su manía de pasarse las horas muertas frente al castillo?

CELIA Sí; pero hoy me ha dado miedo cuando le he visto salir. Hablaba solo, y decía: «Si hoy no vuelve ya no quiero vivir más.» Y como se coloca sobre la peña del barranco, puede que intente arrojarse á él.

ALC. Eso es preciso evitarlo. Si recobra la razón, ó si, como creo, la Chancillería lo dispone, tendremos que ahorcarle por ladrón un día de estos, y si se mata él antes nos quita la diversión.

CELIA ¡Ave María Purísima!

ALC. Sin pecado concebida santísima. Yo no le dejo allí; voy á buscarle, y si no quiere volver á su casa, me le traigo entre cuatro soldados.

CELIA Decís bien. Id y traedle cuanto antes.

ALC. (¡Qué lástima de chica! ¡Hubiera sido tan feliz conmigo!... Está visto que estas muchachas no saben apreciar el mérito, porque hay que convenir en que yo soy un buen mozo; y si no fuera por este temblor que le han quedado á mis piernas desde la otra noche, era un hombre hasta allí!)

CELIA (¡Otro día más!)

ALC. (¡Todavía puede que me la lleve!) (Se va por la derecha.)

ESCENA V

CELIA

Todo me parece un sueño. Su emoción. Sus palabras, que pasaron como un relámpago para despertar mi alma y que no puedo apartar un momento de mi memoria. A la mañana siguiente, y al partir para Valladolid, no hizo más que mirarme; pero sus ojos me dijeron tanto que desde aquel instante vive mi alma con la luz de su mirada.

Música

¿Por qué su voz oí
con placer sin igual?
¿Por qué mi amor le dí?
¿Por qué el alma tras él se va?
A sus palabras de amor
vi alegrarse mi vida desventurada,
y mi fingido rigor
se deshizo á los rayos de su mirada.
Jamás olvidaré

la emoción que sentí,
y al darle mi alma y fe
toda la vida que vibraba en mí
le dí.

—

Si en el olvido
mi nombre querido
llegara á arrojar
voluble y cruel,
por siempre mi alma,
perdiendo su calma,
de llanto en un mar
se iría tras él.
No más, no más sufrir
ni dudar de su amor,
que si él es mi existir
darle el alma y la vida es mejor.
Dichosa si me jura
que amarme es su ventura;
dichosa si le veo
en alas del deseo
buscando en mis labios amantes
un *sí* encantador
de amor.

Hablado

¿Y no habré sido yo una loca al dar oídos á un hombre de clase más elevada que la mía? ¡Un capitán enamorado de una pobre aldeana! Y si mi tío es efectivamente culpable y cae sobre su nombre un infamante castigo... ¿cómo se atrevería ese hidalgo á elevarme hasta él, cuando aun siendo buena y honrada parecería su amor una locura?

VOCES (Dentro.) ¡Vedla! ¡Ella es! ¡ella es!

CELIA ¡Vuelven hacia aquí! ¡Me hace daño la alegría! No quiero ver á nadie. (Entra en su casa.)

ESCENA VI

MOZOS, MOZAS, á poco BENITO, después NORA por el foro derecha.

Música

CORO — Ya está aquí la bella Nora
dama principal,
con traje real:
¡Quién había de creerlo!
¡quién lo había de pensar!
Tiene joyas; tiene galas;
se pasea en fin
como un puerco-espín,
y es condesa y gran señora
desde el pelo hasta el chapín.

—

BEN. — Chitón, chitón;
ya veis que viene aquí
la gran condesa de Carrión.

—

NORA — Sencillas gentes del lugar.
(Ricamente vestida.)
Mirad
si no se advierte en mí
un gusto singular.
¿Qué tal estoy así?

—

CORO — Muy bien está.

I

NORA — Yo he nacido gran señora,
yo no soy la Nicanora
como el pueblo me llamó.
Me pusieron en la pila
Conegunda, Petronila,
Berenguela y qué se yo.

Metidito en un armario
mi tesoro extraordinario
en cien sacos se encontró,
y al mirarle dije allí...
tómale, tómale para tí,
que pues llegas rica á ser
gástale, gástale con placer.

CORO — Es muy bella de verdad. (A Benito.)
Mírala, mírala qué bien va.
No es ya Nora para tí,
quítate, quítate tú de aquí.

—

BEN. — Al dejarla fuí yo ya
bárbaro, bárbaro de verdad,
y al mirarla me diré
límpiate, límpiate que estás de...

II

NORA — Tengo plumas para el pelo
y basquiñas hasta el suelo
y seis dedos de tacón,
y con este guardarropa
por la cara y por la boca
llamo á todos la atención:
y dirá algún mozalvete,
es que está de rechupete
la condesa de Carrión.
¡Ay, qué bien, qué bien está,
mírala, mírala, qué bien va,
desde el punto que la ví
quiérola, quiérola para mí.
(Después Coro y Benito.)

Hablado

NORA — Sí, amigas mías. Desde pequeñita me aplastaba vuestra compañía; me disgustaba vuestro trato y me crispaban los nervios vuestros dicharachos. Lo único porque yo me pirraba era por el baile, y por el baile, á pesar de mi cola, me sigo pirrando todavía.

JUANA — Habla perfectamente.

BEN. ¡Ya lo creo! Por algo te adoraba mi corazón. Por algo eras tú mi preferida entre todas las del pueblo.

NORA Pero tunante, ¿no despreciaste mi amor por correr tras de Celia?

BEN. Si fué ella quien se empeñó en casarse conmigo.

NORA ¡Si no la hubieras salvado la vida...

BEN. ¡Ah! Si yo no la hubiera sacado del río volverías á quererme!

NORA No digo eso, muchacho. Yo estoy ya muy alta y tú estás aún muy bajo... pero si no hubieras sido un bribón... ¡quién sabe lo que podía haber sucedido!

BEN. ¡Ay, Norita! ¿Qué no haría yo por reconquistar tu aprecio?

NORA (¡Y empeñado en tutearme!) (Aparece Gaspar por el foro derecha.)

TODOS ¡Gaspar! ¡El loco! ¡El loco!

NORA Me alegro. Venía á buscarle. Ya que pasan días sin que nadie me ponga en posesión de mi condado y de mi armario, quiero que me entere de todas las particularidades de mi nacimiento.

BEN. Pero si ya te he dicho que ese hombre está rematado. Si ya le has oído decir disparates sin ton ni son.

NORA ¿Pero qué familiaridades son estas? ¿Qué tuteo es ese?

BEN. El mío.

NORA Basta. Apartad.

ESCENA VII

DICHOS, GASPAR, que se dirige poco á poco á su casa, y NORA le detiene

NORA Gaspar. Soy yo. ¿No me conoces?

GASPAR Sí, hace mucho tiempo. (Hablando muy despacio.)

NORA ¡Claro! desde que nací. Pero ahora ¿sabes quién soy?

GASPAR Norilla.

NORA — No, hijo, no. Eso quisieras tú para quedarte con los sacos. Pero todo se ha descubierto. Los papeles lo dicen: «Bauticé á una niña llamada Urraca, Augusta, Alejandra, Conegunda, etc., etc.

GASPAR — Sí.

NORA — ¡Ya lo creo que sí! Y esa niña soy yo.

GASPAR — No.

NORA — ¿No? ¿Cómo que no? Recordad bien lo que dice la carta Yo nací en León, y un hombre me trajo recién nacida á tu poder por orden de mi madre. Tú me pusiste á la puerta de la iglesia para mejor guardar el secreto que te encargaron, y fingiste que me recogías.

GASPAR — ¿Yo?

NORA — Si me acuerdo yo perfectamente.

GASPAR — Memoria es.

BEN. — (Pues no parece loco según contesta.)

NORA — Vamos. ¿Qué tienes que decir á todo esto?

GASPAR — ¿Yo? Já, já.

«Toca, toca, toca,
en alegre son.»

(Se dirige despacio á su casa.)

NORA — (Vamos. Está loco. No tiene remedio.)

BEN. — (Me parece que el tío ese está tan loco como yo.)

NORA — Yo no puedo seguir en esta incertidumbre. A ver. ¿Dónde está el Alcalde?

JUANA — Le he visto antes dirigirse al castillo.

NORA — Es preciso que se mande ahora mismo un hombre á Valladolid para ver qué ocurre. ¿Por qué no vuelve el capitán? ¿Por qué se llevó mis papeles?

BEN. — Por servirte sería yo capaz de ir al fin del mundo.

NORA — Lo primero es buscar al Alcalde. ¡Vasallos y vasallas, venid conmigo! Benito, cógeme la cola.

BEN. — ¡Con mil amores!

NORA — ¡Pero no la estrujes, hombre! No seas ordinario. (Vanse todos por la derecha. Música en la orquesta mientras se van.)

ESCENA VIII

GASPAR, solo

¡Al fin!... Todos quieren hacerme hablar, y yo no hablaré ni una palabra hasta el regreso de ese hombre, que ha deshecho todos mis planes de treinta años. Cuando pasado el primer momento de terror temí que aquel hombre viniera de orden del rey á descubrir mi tesoro y á buscarme al castillo, resolví fingir que había perdido la razón. Así quedará impenetrable mi secreto para todo el mundo, hasta que Dios disponga de mi suerte. Finjamos aún y esperemos en El. (Se va á su casa pensativo.)

ESCENA IX

BENITO y el SEÑOR ALCALDE, por el foro derecha

BEN. Os digo, señor Alcalde, que la condesa os llama.

ALC. ¡Pues yo te digo que no me da la gana de servirla! Hace seis días que nos trae al retortero sin cesar! Señor Alcalde por aquí, señor Alcalde por allá, y yo, mientras no sepa á qué atenerme de fijo, no la tengo por condesa, aunque lleve más cola que un pavo real. Gaspar no estaba donde le he buscado. ¿Le has visto tú?

BEN. Le hemos dejado aquí todos hace un momento.

ALC. ¡Ah! ¡Está en su casa! ¡Eso es otra cosa! Yo respondo de él al capitán y á la justicia, y no puedo dejarle á sol ni á sombra.

BEN. Pero, ¿qué le digo á la condesa?

ALC. Que vuelvo.

LOPE ¡Deteneos! (Por el foro izquierda.)

ESCENA X

DICHOS y DON LOPE

ALC. ¡Ah! ¡El capitán ya de vuelta!

BEN. ¡Corro á dar la noticia!

LOPE Quieto aquí.

BEN. (¡Pero cómo manda aquí todo el mundo!)

ALC. Pero, ¿qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

LOPE Todo lo contrario de cuanto podíamos figurarnos.

ALC. Sí, ¿eh?

LOPE Ya lo sabréis á su tiempo. Decidme en tanto, ¿Gaspar?

ALC. Lo mismo que aquella noche. La emoción y el susto al verse sorprendido y descubierto, le han trastornado por completo la razón.

LOPE ¿Y Celia?

ALC. ¿Su sobrina? Hecha una estatua desde que os habéis ido. Ni habla, ni pregunta, ni contesta. Nora, en cambio, es decir, la señora condesa, se da unas panzadas de pasear sus galas, que es una bendición de Dios.

BEN. ¡Voy á anunciarla vuestra vuelta!

LOPE ¡Quieto os he dicho! Tengo que haceros varias preguntas.

ALC. (¡Este hombre está preguntando siempre! ¡Es su manía!)

LOPE La otra noche en el castillo supe por Celia vuestro heroismo, y la promesa que hizo de ser esposa de quien la había salvado la vida.

ALC. (¡Pero este capitán no hace más que meterse en lo que no le importa!.) Cuando os esperábamos todos con tanta impaciencia para saber...

LOPE Esto me interesa mucho más.

BEN. Efectivamente. Yo he querido á Celia... y la quiero... y la querré; pero como ella no está bastante inclinada... Además, la pretende el señor Alcalde, y...

ALC. Mira, á mí no me metas en líos; ese era un plan de Gaspar, y yo no quiero ya nada con esa familia.

LOPE ¿Conque fuiste tú quien la sacó del río?

ESCENA XI

DICHOS, CELIA á la puerta

CELIA (¡Ah! ¡Es él! ¡Ya ha vuelto y no ha venido en seguida á buscarme!)

BEN. ¡Ya lo creo que fuí yo!

ALC. ¿De qué color era la casulla?

BEN. No entiendo...

ALC. Eso se pregunta á los chicos cuando se van á jugar á la pelota y dicen que han estado en misa.

BEN. ¿Qué quereis decir?

ALC. Que parece mentira que un hombre que tiene tanto miedo en seco sea tan valiente en el agua.

BEN. Pues preguntárselo á ella.

ALC. Si Celia, según dicen, estuvo desmayada después más de una hora.

CELIA (¡Hablan de mí!)

LOPE Cuéntanos cómo la salvaste.

BEN. Como se salva á todo el que se echa al agua. Yo pasaba cerca del río; ví una cosa blanca. me eché al agua...

ALC. ¿Y cuándo has aprendido tú á nadar?

BEN. ¡Raras preguntas! Yo la saqué á la orilla, y...

LOPE ¡Mientes! ¡Miserable! (Cogiéndole del cuello con ira.)

BEN. ¿Eh?

ALC. ¿Cómo?

LOPE ¡Mírame bien! ¿No me reconoces?

BEN. ¿Yo? (Aturdido.)

LOPE ¿No recuerdas haberme visto la noche que dejé á Celia en tus brazos?

CELIA (¿Qué dice?)

BEN. ¡Ah! ¿Conque aquel caballero que me la entregó érais vos?

CELIA (¡El!)

LOPE No te dije, «¡el tiempo me es más preciso que la vida!» ¿No me viste montar otra vez á caballo y desaparecer por el camino?

BEN. Sí tal, sí tal. Pero... ¿quién se resiste al verse abrazar, y al oirse llamar salvador mío, por una chica guapa?

ALC. ¡Me gusta el descaro! ¡Por eso te preguntaba yo de qué color era la casulla!

LOPE Mira la cinta con que Celia oprimia su talle, y que quedó en mis manos al sacarla de la corriente. (Enseñándole un listón de seda azul.)

ALC. ¡Contesta, tunante!

BEN. ¡Perdón, señor capitán! Yo haré lo que querais.

LOPE Mientras yo termino con el señor Alcalde los asuntos del castillo, tú vas á buscar á Celia, y á confesarla tu engaño. Pero óyeme bien. Si pronuncias el nombre de don Lope, si dices que fuí yo quien la salvó la vida, corre peligro la tuya. Yo quiero que tú mismo arranques de su pecho la gratitud que te conserva. ¡Pero... ni una palabra acerca de mí!

CELIA (Acercándose.) Es inútil. Lo sé todo.

LOPE ¡Ah! ¿Tú?... ¡Que nadie sepa mi vuelta! ¡Lo exijo: lo mando!

ALC. Punto en boca. Ya estamos aquí demás. (Ella le mira á él, él la mira á ella; ¡bonita boda hubiera yo hecho!)

BEN. (Me queda Nora.)

ALC. (Mira. Cuando te quieras pasar por agua, tienes que estar más tiempo en el puchero. Vamos andando.) (Vanse los dos.)

ESCENA XII

CELIA y DON LOPE

CELIA ¿Conque érais vos quien me salvó la vida? ¿Por qué querías ocultármelo?

LOPE Sin ver tu rostro peregrino te dejé en brazos

de ese hombre.—El afecto que le consagrabas ató mi lengua hasta este instante.

CELIA Gratitud era y no amor lo que por él sentía mi alma. Gratitud siente aún, porque su conducta me libra de mi juramento.

LOPE ¿Y si yo te le reclamara? ¿Y si no importándome tu humilde cuna, cifrara yo en tu amor mi dicha entera?

CELIA Soy sobrina del hombre á quien todos aborrecen, soy pobre y desvalida... Dadme ese lazo, pues, y dejadme que encierre en él el eterno recuerdo que os consagro.

LOPE ¡Mi vida es tuya desde hoy!

CELIA ¡Ah! ¡Vos no podeis amarme!

LOPE Esta cinta es mi mejor respuesta. Ahora dime, ¿dónde está Gaspar?

CELIA Sigue en el mismo estado en que le dejásteis.

LOPE Su locura no será cierta. Llevadme á su lado y allí lo sabreis todo.

CELIA Pero ese tesoro que guardaba... esa niña que fingió recoger...,

NORA (Dentro.) ¡Os digo que le han visto!

ALC. (Idem.) ¡Os digo que no!

LOPE ¡Oh! ¡Viene gente! Venid, venid. (Entran en la casa.)

ESCENA XIII

NORA, BENITO, el ALCALDE, MOZAS y MOZOS.

ALC. ¿Lo veis cómo no hay aquí nadie tampoco?

NORA ¡Pues cuando ha corrido por el pueblo la noticia de la vuelta del capitán, algo debe haber!

ALC. (A Benito.) (¡Como hayas tú dicho palabra, te despellejo!)

NORA ¡Repito que esta incertidumbre me es insoportable! Bien vengan todos los condados del mundo; pero si todos son tan aburridos como el mío, no les arriendo la ganancia.

BEN. ¡Pues no te has de aburrir con esa golilla y esos relumbrones!

NORA (¡Y vuelta al tuteo!)

BEN. ¡Para que hubiéramos estado antes en último día de feria sin echar un baile! ¡Y sin que Nora rindiera á todos los mozos del pueblo!

ALC. ¡Ya lo creo! ¡Pero el respeto que su magnificencia nos infunde, me impide á mí también echar una cana al aire!

NORA ¡Por mí que no quede! Yo le presenciaré con gusto. (¡Así como así, en hablando de baile ya no sé dónde tengo las piernas!)

BEN. (¡La voy á poner al borde del abismo!) ¿Consiente la señora condesa en que echemos una *Chilindrina* con su ronda y todo?

NORA ¡En nada podemos emplear mejor el tiempo mientras el capitán parece!

BEN. ¡Pues ea! ¡Señor Alcalde! ¿Quién dijo miedo?

ALC. (Así la entretenemos.) ¡Haced corro, muchachas! Ahí va la chilindrina por la salud de los presentes!

Música

ALC.

Con un jarrón de moscatel
comienza el baile del lugar,
y cuando todos prueban de él
se entona alegre este cantar:
«A la zamba y la pataleta.
Media vuelta y alzar el pie
con el jarrón de moscatel.»
Bailar y más bailar,
no me abandones á la pareja,
que en no bailando bien
yo te la quito en un santiamén.
(Baila de un modo grotesco.)
A la chilindrina,
chilíndrina, chilindrina, voy,
mueve el cuerpo, indina,
con el chi... con el chilindrón,
chilindrón.

—

CORO A la chilindrina, etc.

(Todos bailan. Nora, que está haciendo esfuerzos por

contenerse, se levanta la cola y se dirige de repente al proscenio. Todos la rodean.)

NORA Por mi manera de bailar
he sido asombro del lugar,
y aunque ya soy condesa hoy
las quiero á todas enseñar.
Mi pareja va á ser Benito,
ya que ha sido quien me enseñó
lo que olvidar no puedo yo.
Bailar y más bailar;
no me eches chinas al zagalejo,
que en no bailando bien
otro mocito me lleva con él.

—

A la chilindrina, etc. (Baila con Benito.)

CORO A la chilindrina, etc.

(Todos bailan. El Alcalde, con una moza enfrente de Nora, baila desatinadamente, hasta que con los movimientos se encuentra con la peluca del revés, cayéndole las greñas sobre la cara. Grandes risas.)

ESCENA XIV

DICHOS, CELIA, GASPAR y DON LOPE, saliendo de la casa

Hablado

TODOS ¡El capitán!

NORA ¡Con Celia y Gaspar! ¡Cuando yo lo decía!...

LOPE (A Gaspar.) Ven á recibir delante de todo el pueblo el premio que merece tu conducta.

NORA (A don Lope.) ¿Traeis ya las pruebas positivas de mi nacimiento, que es lo que importa?

LOPE Lo que importa es que sepais que el rey don Carlos Segundo ha levantado el secuestro de los bienes de los condes de Carrión, perdonando á sus herederos del crimen de alta traición que sobre ellos pesaba, y que este perdón ha sido concedido en vista de las continuas solicitudes de Gaspar, por medio de la Chancillería de Valladolid.

NORA ¿Y aquel tesoro? ¿Aquellos papeles?

GAS. Treinta años sin descansar un día he empleado en rehacer la fortuna de mi antiguo señor. Todos los títulos de las tierras y propiedades, compradas por mí con nombre supuesto, y todas las cuentas de esta nueva fortuna, están depositadas en el mismo armario que encierra el tesoro.

NORA ¿Conque todo es mío gracias á tí? Te nombro mi mayordomo.

LOPE Yo le nombro mi amigo. Querida sobrina, mucho lo siento, pero yo soy don Lope de Noroña, hijo menor del conde de Carrión.

NORA ¡Cómo! ¡Mi tío!!

ALC. ¡Adiós condado! ¡Pareció el tío!

CELIA ¡El, el conde! (¡Desdichada de mí!)

LOPE Ocultando mi nombre he vivido al servicio del rey, y hoy que por mi fiel Gaspar vuelvo á poseer el nombre y la fortuna de mi casa, premio su lealtad y hago mi dicha pidiéndole la mano de su sobrina Celia, á quien amo, y á quien salvé la vida hace tres meses.

CELIA ¡Cómo! ¿Yo... vuestra esposa? ¡Imposible?

GAS. Celia no es mi sobrina. Celia es la vuestra, que oculta por mí en un convento, salió de él para recibir de mis manos la herencia de sus mayores, si llegaba el perdón del rey, ya que yo ignoraba por completo vuestra existencia.

NORA ¿Pero y yo... y yo, quién soy?

GAS. Tu partida de bautismo lo dice: la niña á quien yo recogí á la puerta de la iglesia.

NORA
BEN. } ¡Ah!

ALC. Ya no hay «tío, páseme ucé el río.» ¡Adiós plumas, adiós cola! ¿No te lo dije? ¡Vuelta á la compra!

CELIA No: ella ha sido mi amiga; ella estaba conmigo en el castillo la noche feliz en que don Lope me dijo por primera vez que me amaba, y su suerte corre á cargo nuestro.

LOPE Tu voluntad es la mía.

BEN. Y... aquí está mi mano.

NORA No la merecías por ambicioso.

GAS. ¡Y ahora, señor conde, ya puedo morir tranquilo!

CELIA ¡Suenen otra vez y para siempre en señal de nuestra alegría las CAMPANAS DE CARRIÓN!

Música

Música del final de los dos actos anteriores.

NORA Toca, toca, toca
en alegre son, etc.

CORO Toca, toca, toca, etc.

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DRAMÁTICAS DE LUIS MARIANO DE LARRA

COMEDIAS

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano (3.ª edición).
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle (2.ª edición).
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edición).
La planta exótica (2.ª edición).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oración de la tarde (6.ª ed.)
Los lazos de la familia (4.ª ed.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3) (3.ª edición).
La agonía (3.ª edición).
Flores y perlas (4.ª edición).
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural (2.ª edición).
La cosecha (2.ª edición).
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (4.ª edición).
El bien perdido (2.ª edición).
Oros, copas, espadas y bastos. (4.ª edición).
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El arbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro.
Tres pies al gato...

ZARZUELAS

Un embuste y una boda. Música de Genovés.
Todo son raptos. M. de Oudrid.
As en puerta M. de Oudrid.
La perla negra. M. de Vázquez.
Las hijas de Eva. M de Gaztambide (3.ª edición).
La conquista de Madrid. M. de Gaztambide (3.ª edición).
Cadenas de oro. M. de Arrieta (4).
Una revancha. M. de Campo.
La ínsula Barataria. M. de Arrieta.

---

(1) En colaboración con Don Luis de Eguilaz.
(2) Idem con Don Ventura de la Vega.
(3) Idem con Don Narciso Serra.
(4) Idem con Don Ramón de Navarrete.

Punto y aparte. M. de Rogel.
Los órganos de Móstoles. M. de Rogel. (2.ª edición)
Los infiernos de Madrid. M. de Rogel.
La varita de virtudes. M. de Gaztambide.
Los misterios del Parnaso. M. de Arrieta.
Los hijos de la costa. M. de Marqués.
Justos por pecadores. M. de Oudrid y Marqués.
La prima-donna. (M. de zarzuelas).
El atrevido en la corte. M. de Caballero.
El conde y el condenado. M. de Rogel é Inzenga. (5).
Sueños de oro. M. de Barbieri (4.ª ed ción).
La creación refundida. M. de Rogel.
El barberillo de Lavapiés. M. de Barbieri (6.ª edición).
La vuelta al mundo. M. de Barbieri y Rogel (2.ª edición).
Chorizos y Polacos. M. de Barbieri.
Viaje á la luna. M. de Rogel.
Juan de Urbina. M. de Barbieri.
Los pajes del Rey. M. de Oudrid.
Las campanas de Carrión. M. de Robert Planquette.

OBRAS NO DRAMÁTICAS

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (*2.ª edición.*) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(5) En colaboración con Don Antonio García Gutierrez.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.

3 Ptas.